Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Donald Curtis

Eternidad en mis manos



Alan Sharkell, despierta, tras once años de hibernación, en la nave *Futura*, enviada en 2067 a los confines del espacio, y descubre que sus otros diez compañeros están muertos. Todo había sido normal hasta el día 15 de marzo del año 2078, pero ahora la computadora se niega a responder, no funcionan sus ordenadores ni su memoria, no sabe en qué fecha se encuentra y además la mujer más extraña y hermosa que había visto jamás estaba allí ahora, a bordo de la nave, salida de la nada.

Una tormenta magnética, un torbellino cósmico, devuelve a Alan y Alma a un planeta desconocido pero reconocible, con sol, nubes, campo, hierba y árboles, pero sin animales ni vehículos. Es la Tierra, y la ciudad que avistan es Nueva York, capital de los Estados Unidos Mundiales, una ciudad de apenas unos centenares de miles de habitantes, pequeña y provinciana.

Es el año 971 de la Nueva Era, equivalente al año 3078 de la Era Cristiana, y la Tierra está gobernada por su Presidente vitalicio ¡¡¡Alan Sharkell!!!

A partir de ahí Alan y Alma tratarán de descubrir todos los enigmas que se les plantean: ¿Por qué el tiempo se ha parado, durante un milenio, en la nave espacial? ¿Por qué los habitantes de Nueva York se comportan como autómatas? ¿Qué ha ocurrido para que el mundo sea reconocible pero desconocido? ¿Quién es el verdadero Alan Sharkell, el astronauta o el Presidente?

El desenlace no dejará a ningún lector indiferente.

Durante el desarrollo de la novela sobrevuela el eterno dilema entre poder y libertad.



Donald Curtis

Eternidad en mis manos

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 28

ePub r1.0

Titivillus 25.09.2019

Título original: *Eternidad en mis manos*
Donald Curtis, 1985
Diseño de cubierta: Ballestar – Ag. S.I.

Editor digital: Titivillus
Colaboración especial: Grupo LDS
ePub base r2.1



Donald Curtis

Eternidad en mis manos

Índice de contenido

1

No fue un despertar agradable.

Pero al menos fue un despertar. Supe que estaba vivo. Y eso ya era algo.

Miré en derredor mío. También supe que estaba solo.

Terriblemente solo.

Solo como nunca creo que se haya sentido un ser humano. Tal vez porque antes no sucedió jamás nada parecido. Y si sucedió, yo no lo sabía. Ninguno lo sabíamos.

Me incorporé en mi cámara de suspensión animada. Dirigí una mirada mecánica al cuadro de mis constantes vitales. Era normal. Normal en absoluto.

Mi presión sanguínea era correcta, mi funcionamiento cardiovascular también. Mi estado físico, excelente para haber despertado de tan interminable letargo. Mis reflejos y mi equilibrio psíquico no podían ser mejores.

Estaba perfectamente sano. Y despierto. Vivo, por tanto. Sentirse vivo era mucho en mis circunstancias. Era infinitamente más de lo que había esperado al iniciar aquel sueño prolongado durante años enteros.

Años…

Tuve un cierto temor repentino. ¿*Cuántos* años? Mis ojos se separaron de los dígitos rojos que marcaban en una pantalla mis constantes vitales, para buscar el calendario espacial.

No funcionaba. Estaba parado. Emitían guiños sus cifras, pero éstas eran siempre las mismas. Se había detenido justamente unos años después de nuestra partida del planeta Tierra: año 2078, se leía allí. Mes de marzo. Día quince. Hora, las diecinueve; minutos, treinta; segundos, cinco décimas exactamente.

La partida había sido exactamente el veintidós de agosto del año 2067. Por tanto, a los once años justos de viaje se había estropeado

el mecanismo de relojería que se suponía debía funcionar a la perfección durante siglos enteros si era preciso.

No tenía modo de saber en qué momento me hallaba, salvo comprobando mi propio cronómetro espacial. Lo miré, presionando el resorte de calendario. Lancé un juramento.

Era idéntica la serie de cifras que aparecían en la pantallita de mi cronómetro digital: año 2078. Marzo, día 15. Las diecinueve con treinta minutos y cinco décimas. Permaneció inamovible.

Todos los relojes y calendarios de a bordo debían marcar igual fecha y hora. ¿Qué había ocurrido en ese momento exacto? ¿En qué fecha me hallaba realmente ahora, al despertar de mi letargo?

Miré en torno. La cámara de suspensión animada era hermética. Todas lo eran a bordo. Desde la del comandante Clark hasta la del doctor Freeman, nuestro psicólogo, pasando por la mía, Alan Sharkell, de profesión astronauta de la NASA, nacionalidad norteamericana, veintisiete años al empezar el viaje de la nave *Futura*. Ahora, sólo Dios sabía cuál era mi edad. Pero me sentía joven y fuerte. Un científico nuestro había dicho, antes de emprender el viaje a los límites del Sistema Solar, que los años transcurridos en el espacio no corresponderían al tiempo convencional terrestre. Lo mismo podía suceder que volviéramos a los dos meses terrestres de haber partido, que cien años más tarde. No era un consuelo, ni tan siquiera sonaba esperanzador, pero era una teoría científica sobre la relatividad del

Espacio-Tiempo

, según principios einstenianos.

Ni siquiera podía estar seguro de que todos esos principios físicos y matemáticos se ajustaran a la realidad. Al diablo con ellos, pensé. No valía la pena preocuparse ahora por esas cosas. Era nuestra existencia fuera de la Tierra, en lejanos ámbitos cósmicos, más allá de Urano y de Neptuno, en el límite de lo conocido, lo que contaba.

Nuestra existencia. No la mía solamente. La nuestra.

Éramos once astronautas a bordo. Seis hombres y cinco mujeres. Americanos, soviéticos, ingleses y chinos. Las Naciones Unidas en el espacio, como alguien nos había bautizado en broma, allá en Cabo Cañaveral, antes de partir hacia los confines del Sistema Solar.

Recordar a los demás me hizo sentirme inquieto. Yo estaba

despierto, sí. Pero, ¿y los demás? ¿Qué era, entre tanto, de mis diez camaradas a bordo de la nave *Futura*?

No podía saberlo permaneciendo encerrado en mi cámara de suspensión animada, tras el proceso de deshibernación producido automáticamente sobre mi persona. Presioné una tecla en el panel de controles situado ante mí. La pared cristalina de la cámara se deslizó en silencio. Puede abandonar, tras unos breves ejercicios físicos, mi encierro cuadrangular en el muro iluminado de la larga galería de hibernación de la nave. Salté al suelo curvo, de paneles iluminados. Me sentí liviano, flotando levemente en la atmósfera de *Futura*, dentro de mi atavío espacial de color naranja vivo, con la bandera norteamericana en un brazo y el emblema de la NASA en otro. Dentro de la nave no era necesario más que el mono de vuelo. Nada de escafandras ni pesados armatostes. Sobre mi pecho, una serie de placas electrónicas y de microcomputadores eran mi ayuda para cualquier hipotética emergencia. Por el momento, nada de eso parecía necesario.

Empecé a recorrer el corredor de hibernación, en busca de mis diez camaradas. Estaba deseando charlar con ellos, cruzar unas palabras con cada uno de los tripulantes de la *Futura*, dejar de sentirme solo.

Me esperaba una terrible decepción. La más espantosa de todas.

Mis ojos alucinados fueron de cámara en cámara, observando a los allí encerrados. Un estremecimiento de pavor me sacudió al comprender la terrible verdad.

Todos ellos yacían en sus cámaras. Descompuestos, algunos momificados, los más reducidos a simples esqueletos dentro de sus monos de viaje, con larga cabellera sobre sus calaveras.

Ni uno solo de los diez sobrevivió. Estaban *muertos*. Todos muertos. Los diez.

Y yo…, *yo* era el único ser vivo a bordo.

Angustiado, lancé un alarido. Un grito largo y terrible, que retumbó con ecos sordos, profundos, lejanos, en todo el vasto ámbito de la gran nave *Futura*, proyectada no sólo para once astronautas, sino incluso para cincuenta si era preciso, en el caso de que hubiese prosperado el proyecto inicial, que consistía en la convivencia de ambos sexos a bordo, de forma que tuviéramos descendencia en el Cosmos, lejos de la vida habitual en la Tierra.

Ahora, esa relación sexual era imposible. Todo era imposible. No quedaba nadie con vida excepto yo mismo.

Estaba solo. Terriblemente solo en la nave. Atrozmente solo en el vacío. En algún lugar del espacio.

Pero, ¿dónde? ¿Cuántos años hacía que ellos habían perecido en el demoledor silencio del infinito, allí donde nadie podía escuchar sus gritos, si es que los desdichados habían llegado a tener siquiera tiempo y ocasión de gritar su agonía, su muerte absurda, lejos de todo lo que les era familiar y entrañable?

Me costó poco dar con el motivo de aquellas muertes. Una simple avería en el conducto del sistema de hibernación. Diez de las cámaras habían sufrido daños irreparables, produciéndose la muerte instantánea de los hibernados al cambiar la temperatura y atmósfera de cada cámara. Sólo una se mantuvo intacta, en funcionamiento normal: la mía.

Así me había salvado.

—¿Por qué, Dios mío, por qué? —gemí, con la cabeza entre ambas manos, paseando frenético por el interminable corredor, silencioso como un cementerio—. ¿Por qué tuve que ser yo, entre once seres humanos, quien sobreviviera al desastre? ¿Por qué precisamente yo, que era quizá el que menos valía de todos ellos?

Dios no me respondió. Ni siquiera estaba seguro de que me escuchase, aunque en teoría pudiera estar ahora más cerca de él de lo que estuvo jamás ser humano alguno.

Nada ni nadie tenía una respuesta para mí a bordo.

Corrí como un loco hacia la cámara central, de la que partían los cinco grandes corredores de las instalaciones de a bordo, en forma radial, dentro del vasto pentágono que era la nave *Futura* flotando en el vacío, rumbo a lo desconocido, a los confines del Sistema Solar, acaso más allá de Plutón, rumbo a las estrellas, en dirección a Alfa Centauro exactamente, según el proyecto inicial de la NASA.

Las puertas deslizantes se abrían automáticamente a mi paso, en forma silenciosa y mecánica. Llegué jadeante a la sala de controles, de forma pentagonal, con cinco puertas deslizantes, cada una de ellas enfilada hacia la correspondiente zona del *Futura*: aprovisionamiento, hibernación, reactores, dependencias y alojamientos personales de la tripulación, con sus salas de recreo, sus videocines, sus jardines artificiales para combatir la

claustrofobia…

Presioné los mandos del computador, para conectar el sistema de televisión exterior a la gran pantalla, formada en realidad por una pantalla estereoscópica y otras cuatro circundantes de sólo imagen plana.

En todas aquellas pantallas se veía ahora una negrura total, absoluta, sin el menor rastro de estrella o de cuerpo celeste alguno. Evidentemente, pensé, los sistemas de transmisión de imagen del exterior también estaban averiados.

En la pantalla de información del ordenador central, apenas pulsé los teclados de la computadora, aparecieron unas palabras incomprensibles para mí:

SIN DATOS PARA INFORMAR SOBRE
SITUACIÓN ESPACIAL NI TEMPORAL.
NO ES POSIBLE DETECTAR
INFORMACIÓN ALGUNA.

Miré asombrado a las cinco pantallas. Siguieron en total oscuridad. Como si fuera de la nave no hubiese nada, absolutamente nada. Ni el remoto fulgor de un pequeño astro. Los informes programados sobre tiempo, época, situación y rumbo, se mantenían bloqueados. Las pantallas de información se limitaban a parpadear con una significativa frase en caracteres fluorescentes:

NO HAY NINGUNA INFORMACIÓN

Eso no tenía sentido. La computadora no parecía averiada. Simplemente, ni recibía ni emitía.

Desolado, me dejé caer ante la misma, en el asiento de mando. Sólo como recurso, busqué los datos cifrados del tiempo transcurrido hasta este momento, desde la partida del planeta Tierra.

Aparecieron en pantalla. Todo había sido normal hasta el día 15 de marzo del año 2078, exactamente a las diecinueve treinta y cinco décimas. Entonces, *algo* ocurrió a bordo. Se desconectaron diez de las cámaras de hibernación, se bloqueó la computadora —que hubiese podido reparar automáticamente esa avería antes de resultar fatal—, y dejaron de funcionar a bordo todos los sistemas

de medida del tiempo, ya fuesen relojes o calendarios electrónicos.

—Nada de esto tiene el menor sentido… —comenté conmigo mismo, desesperado—. Es cosa de locos… Ni siquiera puedo saber *dónde* ni *cuándo* me encuentro… El año 2078 puede ser este mismo. O hace cien años que pasó. ¿Qué ocurrió a bordo para que todo se desconectara así? ¿Por qué vivo?

Volvía a hacerme preguntas absurdas que nadie podía responderme, ni siquiera la computadora de a bordo, pese a su hipotética perfección.

Miré largamente el tenebroso vacío oscuro de las pantallas de televisión. De repente tuve una idea. Era demencial, pero, ¿por qué no probarlo?

Presioné otras teclas. Eran los sistemas direccionales de las cámaras de televisión emplazadas en el fuselaje de la nave *Futura*. Estaba moviendo los objetivos de esas cámaras, por si podía captar con ellos parte del fuselaje externo de la nave. Claro que si no fotografiaban el espacio y sus estrellas, ¿cómo iban a tomar el exterior de la *Futura*? Pese a lo disparatado de la idea, seguí adelante con ella, movido por una rara intuición, tal vez por un sexto sentido que no estaba demasiado claro.

La respuesta fue escalofriante.

De súbito, en todas las pantallas, *apareció* el fuselaje de la nave, oscuro y metálico. Más allá del mismo, de sus límites rectilíneos y fríos, la nada absoluta, el vacío negro y sin estrellas.

—De modo que es eso… —jadeé—. Las cámaras funcionan, *toman* imagen. Sólo que ahí afuera, no hay *nada* que tomar. Nada, salvo la propia nave. No hay estrellas, no hay nebulosas, no hay constelaciones, no hay más que oscuridad total, tinieblas… ¡Oscuridad infinita!

Era sobrecogedor. El espacio siempre ofrece astros, por remotos que sean. Por tanto, ¿dónde estaba? ¿Qué lugar era aquél, donde no había luz ni formas?

Me encogí en mi asiento, aterrado. Tenía miedo. Mucho miedo. No sabía a qué, pero lo tenía.

Entorné los ojos, angustiado. Sin quererlo, lejanas imágenes acudieron a mi memoria en este momento de pavor irreflexivo: mi ciudad, mi casa, mi jardín, mi gente. Vecinos, amigos, parientes…

Y Lilian.

Sobre todo, Lilian.

—Maldita sea, ¿por qué elegí este viaje? —me irrité, golpeando con rabia un panel de mandos—. ¿Por qué? Pude haberme quedado en la Tierra, casarme con Lilian, ser feliz a su lado. Ella…, ella era hermosa, dulce, tierna. Me amaba… No sé si me amará ya. Ni siquiera sé si existirá. Pueden haber transcurrido cincuenta, tal vez setenta años desde que salí de Cabo Cañaveral. Debí elegir aquel trabajo en la Fundación Reagan de California. Ser un hombre normal, con los pies firmes en tierra, sin buscar las estrellas… Ahora…, ahora, ¿qué va a ocurrir? Dios mío, Lilian, te he perdido. Te he perdido para siempre…, y me he perdido yo…

Sentía ganas de llorar, de golpearme contra los muros de la nave. Tal vez incluso pasó por mi mente la idea de matarme. Porque, ¿qué significaría vivir allí, solo, olvidado de todos, perdido en la nada, dentro de una nave cósmica hundida en la oscuridad total, hasta el fin de mis días?

—Dios, quiero morir… ¡Quiero morir! —sollocé desesperado.

En ese instante, la luz surgió por las cinco pantallas de la computadora. Invadió totalmente la nave, deslumbrándome.

Y, simultáneamente, la voz sonó a mis espaldas, erizando mis cabellos:

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

Me volví, estremecido. Contemplé a la persona que acababa de entrar en la sala de controles de la nave *Futura*. Sus ojos me observaban fijamente, muy abiertos.

—Dios… —susurré—. No es posible. *¡Una mujer!*

2

Una mujer.

La mujer más extraña y hermosa que había visto jamás. Y estaba allí ahora, a bordo de la nave.

Conmigo.

—Debe ser una alucinación —murmuré, desconcertado, poniéndome en pie. Y noté cómo me tambaleaba—. Usted…, usted, no existe. No *puede* existir. Nunca estuvo a bordo. ¿Por qué había de estar *ahora*?

Ella seguía mirándome con fijeza. Para ser una alucinación, parecía bastante sólida y corpórea, pensé angustiado.

—No lo sé —confesó con voz apagada—. Sólo sé que estoy aquí. Eso es todo. No le conozco. No conozco nada de esto.

Di unos pasos hacia ella. Recordé una vez, allá en la Tierra. Había hecho un viaje al desierto. Me perdí. Estuve días vagando por él, sin agua. Tuve espejismos. Me acercaba a ellos para beber agua, y veía que no existían. ¿Sería producto de mi mente febril, enfermiza por la soledad y el terror?

Me paré ante ella. Alargué mi mano. Toqué su cabello, su rostro, rozándolo con mis manos, con una sonrisa aprensiva, seguro de rozar solamente el aire, el vacío.

Me equivoqué.

Ella era sólida. Existía. Pude rozar su sedosa melena, su piel suave, tersa, algo fría. Noté que temblaba ligeramente, arqueando sus cejas.

—Dios, no… —oí mi voz ronca, temblorosa—. Es *real*. Usted… existe. Es una mujer de carne y hueso.

Ella pestañeó, mirándome como si estuviera loco. Tal vez tenía razón, después de todo. Mi mente distaba mucho de sentirse equilibrada ahora, mientras mis dedos estremecidos llegaban a la

humedad carnosa de sus labios.

—¿Qué le ocurre? —me preguntó—. Parece enfermo…

—Enfermo… —repetí—. Tal vez lo esté. ¿Quién…, quién es usted, por el amor de Dios? ¿Cómo pudo llegar hasta aquí?

Ella me miraba largamente, con expresión distante. Tenía los ojos de un tono dorado, salpicado de destellos verdosos. El cabello era largo, lustroso, de un extraño color platinado. La cara un óvalo hermoso y perfecto, el cuerpo flexible, esbelto, de formas llamativas. Se envolvía en una especie de indumentaria elástica, ceñida, de tono azul oscuro, casi negro, ajustada a su cuello y adherida a su cuerpo como una malla que realzase sus curvas suaves.

Era una criatura singular y bellísima.

Su respuesta me dejó helado:

—No lo sé —dijo—. No sé quién soy ni cómo he llegado hasta aquí. Tampoco sé de dónde vengo. No recuerdo nada. Ni mi propio nombre…

—Amnesia… Tiene que ser eso.

—¿Amnesia? —ella se encogió de hombros—. No lo sé. No sé nada.

De algo estaba seguro: ella no fingía. O era una gran actriz, capaz de engañar a cualquiera. Sus ojos eran el vivo reflejo del miedo a lo ignorado, de la desorientación y la ausencia de recuerdos.

Las cinco pantallas seguían en sombras. Aquella repentina luz cegadora que viera brotar de ellas momentos antes de sonar la voz de aquella mujer y aparecer ella en el centro de mandos, se había extinguido por completo. Continuábamos flotando en un negro mar de tinieblas.

—Son cosas que no pueden ocurrir en buena lógica —murmuré—. Usted no puede haber viajado por el espacio con sólo esa indumentaria. No puede haber penetrado a bordo por las escotillas, que cierran herméticamente desde dentro. No es posible que hable mi idioma, a menos que proceda del mismo planeta que yo, cosa impensable, puesto que a bordo no había polizones cuando abandonamos la Tierra. Pero usted está aquí, eso no puede negarse.

—¿Qué le pasa? ¿No le gusta mi presencia aquí?

Su pregunta era dulce, ingenua, llena de dolor al parecer. Moví

la cabeza negativamente, e incluso suave y persuasivo puse la mano sobre su hombro.

—Dios del cielo, nada de eso —suspiré—. Al contrario, me alegra verla, saber que no estoy solo. Pero me preocupa usted. Tengo que saber quién es, de dónde ha venido, cómo y por qué está aquí, a bordo de la nave *Futura*.

—Yo también quisiera saberlo —confesó ella con suavidad, expresando en su mirada toda la perpleja angustia de quien tiene un vacío profundo en la mente—. Pero por mucho que intento recordar, no puedo. No me viene ninguna idea a la mente.

Asentí, sin dudar de la palabra de aquella hermosa desconocida que había surgido a bordo como por arte de magia. De un momento a otro podía despertarme y comprobar que todo aquello había sido producto de mi mente calenturienta, acaso una psicosis espacial de carácter ignorado. Pero, por el momento, ella existía. O parecía existir. Era una compañía a bordo. Una dulce y atractiva compañía. ¿Para qué quería saber más? Si estaba soñando, bendito sueño que me arrancaba de la dura realidad.

—¿Dice que no conoce su nombre? —indagué.

—No, no lo conozco. No sé nada sobre mí.

—Un nombre es poca cosa. Un conjunto de letras y nada más. Puedo llamarla de cualquier modo. Podría darle el nombre de Lilian.

—¿Lilian? ¿Quién es?

—Alguien a quien nunca conocerá —suspiré—. Una mujer también muy bella. Pero distinta a usted. La amé. Sigo amándola. Pero creo que ya no la veré jamás.

—¿Era su esposa? —indagó ella.

—No. Aún no íbamos a casarnos al volver yo de este viaje —sonreí amargamente—. Volver… Eso ya no sucederá. ¡Nunca!

—Lo siento. Me gustaría poder ayudarle.

—Gracias, querida. La creo. Tiene usted un alma noble. Alma… Sí, ése puede ser un bonito nombre para usted. Sencillo y breve: Alma.

—¿Alma? —ella lo repitió, algo perpleja—. Suena bien.

—Ya le dije que tanto da un nombre como otro. Ése valdrá por el momento, hasta que recuerde quién es, Alma.

—¿Usted también tiene nombre?

—Sí —sonreí ante su ingenuidad—. Me llamo Alan. Alan Sharkell.

—Alan… —ahora fue ella quien sonrió. Tenía dientes perfectos, muy blancos y pequeños—. También suena bien.

—Es usted muy amable. ¿Tiene hambre, sed? Eso sí lo sabrá, cuando menos…

—Un poco —admitió tras una duda—. ¿No voy a causarle demasiadas molestias con mi presencia?

—No diga tonterías, claro que no —rechacé—. Al contrario, me siento muy aliviado con usted a bordo, Alma. La soledad es lo peor que puede ocurrirle a un hombre. Y yo me sentía muy solo antes de aparecer usted.

Le serví alimentos y bebida de nuestro suministrador automático. Eran viandas deshidratadas y precocinadas, así como simple agua con extracto de frutas, pero le gustaron al parecer.

Mientras la veía consumir aquel almuerzo con buen apetito, mis temores se iban diluyendo. Ella era real, existía. Estaba comiendo, bebiendo, como cualquier ser humano. Mi optimismo creció varios puntos durante aquellos minutos. No me importaba que hubiera aparecido tan misteriosamente, que no supiera quién era ni de dónde venía, que incluso ignorase su nombre. Era una mujer hermosa, era mi compañera en aquella espantosa soledad, y eso bastaba.

Las horas siguientes las dediqué a mostrarle el interior de la nave *Futura*. Ni siquiera le soslayé la visión desoladora de los diez cuerpos sin vida en sus cámaras de hibernación.

Ella contempló todo eso con asombro y admiración. Noté un leve escalofrío en su cuerpo cuando se detuvo ante los cuerpos sin vida.

—Dios mío… —murmuró—. No recuerdo haber visto nunca a nadie muerto… Pero claro, tampoco recuerdo todo lo demás.

No dije nada. Ella, tras recorrer las dependencias de la nave, comentó fascinada:

—Es maravillosa. Debe proceder de un mundo muy adelantado.

—Bueno, mi planeta a veces hace cosas buenas. Y otras no tanto —sonreí, encogiéndome de hombros—. Esta nave está capacitada para largos viajes cósmicos. Se proyectó para ir más allá de nuestro propio sistema solar. Sólo que…, las cosas debieron fallar en algún

punto, aún no sé en cuál exactamente. Imagino que preguntarle a usted *dónde* me encuentro ahora, en qué lugar está esta nave, será perder el tiempo…

—Así, es Alan —confesó tristemente—. No sé nada. No conozco nada.

—Pues estamos bien —resoplé—. Un cielo sin estrellas, una mujer que surge de la nada y que no tiene memoria, diez astronautas sin vida, la nave perdida en un lugar desconocido, los mecanismos que no funcionan… Y ni siquiera sé en qué época o año me encuentro.

—¿Época? ¿Año? —parecía mencionar cosas que no conocía—. ¿Quiere decir que tampoco sabe cuánto tiempo lleva aquí?

—Eso es. Hice el viaje dormido, como los demás. Ellos ni siquiera despertaron. Yo sí. Pero mi reloj no funciona, los calendarios automáticos tampoco. He perdido por completo la noción del tiempo transcurrido.

Habíamos regresado a la zona central de la nave, al control de mandos, ahora tan inútil como si nunca hubiera existido. Las pantallas seguían mostrando un cielo negro, vacío, en torno al fuselaje oscuro y metálico de la *Futura*.

—¿Lo ve, Alma? —señalé a las pantallas—. Ni siquiera sé si estamos parados o en marcha. No hay puntos de referencia para saberlo. Y la computadora se niega a responder, no funcionan sus ordenadores ni su memoria.

—¿Ella también tiene *memoria*? —se sorprendió mi extraña pasajera, señalando a la máquina.

—Bueno, se le llama así. Son paneles con grabaciones que forman sus bancos de memoria. La computadora «recuerda» de inmediato recurriendo a esa información almacenada en su interior. Eso en circunstancias normales, claro. Ahora no actúa. No sé si está averiada o bloqueada por alguna fuerza desconocida. Todo esto es tan desconcertante como misterioso, Alma.

—Parece como si ambos fuéramos víctimas de un mismo fenómeno adverso, ¿no?

La miré, asintiendo. Pensé que su observación no era ninguna tontería.

—Sí —admití—. Creo que es algo así lo que está ocurriendo.

Y en ese momento, volvieron a suceder cosas a bordo.

Primero fue otro destello, surgiendo en la pantalla, allá en la distancia, si es que la negrura exterior tenía realmente dimensiones. La luz se agrandó, pareciendo aproximarse a nosotros. Su luz bañó el interior de la cámara. Alma la miró, sorprendida. Vi un destello en sus ojos alarmados.

Luego, fueron varios resplandores, como una serie de descargas eléctricas, allá en el vacío. Sentí que la nave se bamboleaba, sacudida por alguna energía desconocida.

Alma gritó, perdiendo el equilibrio, y cayó en mis brazos. La retuve con fuerza, mientras ambos nos tambaleábamos violentamente, y aquella especie de tormenta electromagnética del negro vacío nos envolvía en una vorágine luminosa que agitaba a la *Futura* como a una gigantesca coctelera espacial.

Luego, de repente, hubo un estallido cegador de luz. Las pantallas de televisión se convirtieron en rectángulos incandescentes, me cubrí los ojos mientras Alma hacía lo propio ocultando su rostro contra mi pecho. Su cuerpo temblaba, la oí gemir, asustada.

—¿Qué es *eso*, Alan? —musitó.

—Me gustaría saberlo —contesté, demudado, temiendo lo peor.

Y lo peor ocurrió.

Toda la nave pareció crujir, a punto de estallar. El fenómeno luminoso se hizo deslumbrante, la claridad invadió toda la sala, envolviéndonos en una serie de centelleos violentos. Las cosas parecieron borrarse en torno nuestro, diluirse en una desintegración dantesca.

Me sentí lanzado violentamente contra la pared, luego sacudido y girado sobre mí mismo en forma de tirabuzón, apretando con fuerza a Alma contra mí para no soltarla. Sus brazos también se estrujaban en torno a mi cuerpo, sus uñas se hundían en mi espalda a través del mono espacial.

Un último destello sobrecogedor nos envolvió, dando la impresión de que nuestros cuerpos se convertían en formas incandescentes, irradiando luz. A nuestro alrededor, la nave toda era un simple resplandor multicolor, sacudido por descargas de luz, todavía más intensa y cegadora.

De repente, aquella especie de tormenta luminosa cedió. Nuestros cuerpos recobraron su opacidad normal. Dejamos de

irradiar luz. A nuestro alrededor las cosas volvieron a tomar forma. La nave parecía normal, como antes del extraño fenómeno.

—Ya paso —murmuré con voz ronca—. Todo se normaliza, Alma.

Ella se relajó. Dejó de apretarme con aquella fuerza desesperada. Alzó levemente la cabeza. Miró en torno antes de fijar sus ojos en mí.

—¿Qué ha ocurrido, Alan? —indagó.

—Sé tanto como usted —murmuré—. No entiendo nada de esto. Pero tenía todas las trazas de ser una tormenta magnética, acaso un torbellino cósmico donde nos adentramos de repente. Pero fuese lo que fuese ya terminó y… ¡No, cielos, no! ¡No es posible!

Mi grito repentino la sobresaltó. Apretó de nuevo sus manos contra mi espalda, mirándome alarmada.

—¿Qué sucede ahora? —quiso saber.

—Mire eso… En las pantallas… Es… es increíble…

Ella miró lo que yo estaba viendo. Las cinco pantallas daban la misma imagen.

—No entiendo… —musitó—. ¿Qué es eso?

—Luz del día. Un sol en el cielo. Y nubes. Y cielo azul —murmuré alucinado, con la mirada fija en los visores—. Y campo, y hierba, y árboles…, y una ciudad en la distancia, fulgurando sus edificios al sol. No lo entiendo, Alma, pero creo que, de repente…, estamos en alguna parte. En un planeta semejante al mío.

Ella me miró un momento, asombrada, para volver su atención a aquella imagen asombrosa de las pantallas. Yo contemplaba incrédulo aquel sol radiante, aquel campo frondoso y amable que nos rodeaba, el destello solar en la superficie metálica de la *Futura*.

—Tal vez todo sea un espejismo —susurré tras un silencio—. Vamos a ver. Comprobemos si todo eso es cierto, Alma.

La tomé de la mano. Partimos a través de los asépticos corredores de la nave, en dirección a la salida, a una cualquiera de las escotillas de a bordo. Cuando llegamos a una de ellas, me detuve un momento, dubitativo.

—Adoptemos precauciones, por si esa visión exterior no existiera realmente y nos enfrentáramos al vacío cósmico, Alma —avisé—. Debes vestirte de cierta manera, y yo también.

Entramos en la recámara inmediata, donde se alineaban trajes

presurizados y escafandras espaciales. La hice vestir una indumentaria de aquéllas y yo me ajusté otra sobre el mono. Comprobé que todo funcionaba perfectamente, y regresamos a la salida. Accioné el resorte. La escotilla se abrió.

Y el sol, el cielo azul con nubes, la campiña verde y jugosa, nos mostraron todo su esplendor allá afuera.

Salimos. Contemplé cuanto me rodeaba.

—Es real —murmuré—. ¡Dios, es *real*, después de todo! Hemos llegado a alguna parte, Alma. A un sitio muy parecido al planeta Tierra.

La ayudé a descender de la nave. Los índices de presión atmosférica, oxígeno y condiciones de vida eran correctos. Podíamos despojarnos de nuestras ropas. Se lo dije así a Alma. Nos quitamos allí mismo los pesados, molestos atavíos presurizados. Pudimos respirar el aire limpio a pleno pulmón. El campo olía a frescura y a flores silvestres. Cerca de nosotros, un árbol frondoso extendía sus ramas, prestando amable sombra en el prado.

—Es increíble —murmuré, acariciando la hierba a nuestros pies —. Un planeta idéntico al mío… Tiene que haber vida humana aquí. Tal vez tú procedas de este mundo, ¿no puedes recordar algo?

—No, no puedo —rechazó ella vivamente, mirando a su alrededor con desconcierto—. No recuerdo nada de esto, Alan, todo me resulta extraño, desconocido…

—A mí, no, aunque jamás haya estado antes aquí —sonreí aliviado, cortando una pequeña flor silvestre, que luego alargué a mi compañera—. Toma, para ti.

—¿Una flor? —se sorprendió ella, pestañeando al recogerla.

—Sí. En mi mundo, es una señal de galantería para una dama.

—Gracias, Alan —sonrió, oliéndola—. Tiene un aroma muy grato.

Mis ojos ya no la miraban a ella. Contemplaban el resplandor de cúpulas cristalinas, allá en la distancia.

Una ciudad.

Un centro urbano con seres inteligentes. Mi sangre hervía, entre curiosa y esperanzada. Contemplé la nave detenida en el amplio y desierto prado. Tal vez hubiera humanos allí. Pero de lo que no había el menor rastro era de pájaros. No se oía el más leve trino, pese a lo primaveral de la mañana. Me agaché, escudriñando el

suelo entre los hierbajos. Ni rastro de hormigas, insectos de cualquier tipo. Nada.

—Es extraño —comenté incorporándome—. No parece haber vida animal aquí. Pero eso, sin duda, es una ciudad. Vamos hacia ella. Quizá esté desierta, Alma. O tal vez gentes como nosotros nos acojan en paz, no sé…

Alargué mi brazo. Ella, tomó mi mano. Caminamos hacia el resplandor de las lejanas cúpulas. Dejamos atrás el verde prado. Un sendero de asfalto se abría ante nosotros.

Y de pronto, lo vi. Un gemido de asombro, de incredulidad, escapó de mis labios.

—¡Dios, no! —grité—. ¡No puede ser!

Alma se miró, nuevamente inquieta.

—¿Qué te sucede? —quiso saber.

Señalé algo en el camino que acabábamos de pisar. Ella lo miró, sin entender. Pero yo sí entendía.

Estaba claramente escrito allí, con letras fluorescentes sobre un metal negro, espejeante, en un poste indicador situado al borde de la ruta:

A NUEVA YORK, DOS MILLAS

—La Tierra… —gemí—. ¡Estamos en la Tierra, Alma!

3

La Tierra.

De vuelta en ella. Después de un tiempo desconocido, otra vez en casa. Inesperada, mágica, milagrosamente acaso.

Era un imposible hecho realidad. Todavía me preguntaba si aquel cúmulo de sucesos inexplicables, iniciados con la aparición de Alma en la nave, serían solamente fruto de un sueño fantástico. O si la pesadilla habría comenzado con el hallazgo de los cadáveres de mis diez camaradas.

Pero, en todo caso, esto parecía la culminación del absurdo. El mayor de todos los imposibles. ¿Cómo se había efectuado el retorno a la Tierra? ¿Por qué yo no conocía ni aquellos verdes prados ni las cúpulas de resplandecientes reflejos, allá en la distancia, como un paisaje propio de mi planeta?

Incluso aquel camino, un sendero asfaltado, sí, pero más propio de una pequeña población provinciana que de una urbe enorme como Nueva York. Ni siquiera se veía circular por él un solo vehículo. Tampoco hubiesen podido hacerlo más de dos a la vez, uno en cada dirección. Era, en suma, un camino vecinal pero asfaltado como una autopista.

—Todo esto no tiene sentido —murmuré, pasando del optimismo a la extrañeza y el desconcierto—. Ningún sentido, Alma.

—Eso no debe importarte ahora —sonrió ella—. ¿No estás en tu mundo? Eso es lo que cuenta, después de todo.

Moví la cabeza negativamente.

—Ni siquiera sé si éste es mi mundo o no —objeté con amargura.

—¿No dijiste antes que…?

—Sé lo que dije, Alma —la interrumpí—. Lo sé muy bien. Pero empiezo a tener mis dudas sobre muchas cosas. Es difícil

explicártelo, porque tú desconoces la Tierra. Sin embargo, te diré algo: nada, salvo ese campo, me recuerda a mi mundo. Esa ciudad no se parece a ninguna de las que conozco. Esta carretera, tampoco. Los automóviles eléctricos y los *turbocars* de mi país, no podrían moverse por aquí ni remotamente.

—Entonces, ¿qué te hizo pensar que éste es tu planeta?

—Ese nombre: Nueva York. Es una de nuestras ciudades, la mayor urbe de mi país. Pero es una ciudad *distinta*. Cuando yo la dejé, los prados estaban muy lejos de ella, las carreteras eran diez veces ésta, el aire estaba contaminado, había vehículos circulando por doquier, las decenas de millones de habitantes de esa ciudad se hacinaban en un amasijo de enormes rascacielos, edificios que subían hacia las alturas sus cien pisos o más. Y por lo que veo desde aquí, esas cúpulas cristalinas corresponden a edificios que no tendrán más de cinco o seis plantas. En todo caso, Alma, estamos ante una vulgar *copia* de mi mundo. Y a escala reducida, diría yo. Puede que existan en el Universo mundo gemelos, como se teorizaba entonces.

Alma me escuchaba con expresión de no entender demasiado mis explicaciones. Pero su respuesta tuvo una lógica aplastante:

—De todos modos, Alan, ¿por qué no salir de dudas? Vamos a esa ciudad. Si allí viven seres humanos, o inteligentes cuando menos, ellos mismos podrán aclararte todo lo que tanto te intriga…

—Sí, tienes razón —convine—. Vamos allá, Alma. Salgamos de una vez de esta incertidumbre…

Y echamos a andar por la tranquila, soleada ruta, rodeados de campiña silenciosa y florida, como si en vez de ir hacia una gran urbe como Nueva York, camináramos hacia una apacible aldea rural en un paraje lleno de bucólica paz.

Cuando estuvimos lo bastante próximos, lancé una exclamación de asombro.

Aquellos edificios rematados todos en cúpulas cristalinas, eran torres de vidrio y metal aluminizado, brillantes y uniformes, en nada parecidas a nuestras urbes de siempre. Corría un río más allá, eso sí, pero nunca pensé que pudiera ser el Hudson. Ni aquello Nueva York. Un cálculo aproximado de sus dimensiones, no daba para pensar que pudieran alojarse allí más de cien mil personas. El más pequeño barrio neoyorkino podía multiplicar por treinta esa

cifra fácilmente cuando yo abandoné mi mundo.

—Estoy seguro —murmuré—. No es la Tierra, desde luego.

Alma me miró sin decir nada. Llegamos a los límites de la ciudad tras recorrer a pie las dos millas sin encontrarnos con ser viviente alguno, ni tan siquiera avistar vida o vehículo de ninguna clase.

Allí me esperaba, sin embargo, otra sorpresa, y no precisamente pequeña. Una enorme bandera flotaba, sobre su mástil gigante, a la entrada de la brillante urbe de metal y vidrio.

Era una bandera de barras rojiblancas y estrellas en recuadro azul. ¡*Mi* bandera! Pero las estrellas se contaban allí por centenares a simple vista. Debajo, un gran rótulo luminoso, que parpadeaba pálidamente a la luz solar, anunciaba con enormes letras:

BIENVENIDO A NUEVA YORK,
CAPITAL DE LOS ESTADOS UNIDOS
MUNDIALES.

Me quedé perplejo. Las cosas seguían careciendo de todo sentido. Pero aquella bandera me electrizaba. ¿Cómo era posible semejante parecido, si aquella no era la Tierra?

—Nueva York jamás fue capital de los Estados Unidos —dije roncamente a Alma—. Y nosotros somos los Estados Unidos de América, no del Mundo. Todas esas incontables estrellas nunca fueron Estados de la Unión.

—Pero admites que todo se parece…

—Se parece *demasiado*. Pero a escala menor, salvo en eso de que seamos mundiales y no americanos —casi sentí ganas de reír—. Esto no es Nueva York. Es un pueblo. Moderno, deslumbrante, pero un pueblo. Alguien está bromeando conmigo, sólo que esta broma no tiene gracia. De todos modos, sigamos adelante hasta averiguar qué lugar es éste, exactamente, y qué juego extraño se traen sus habitantes…, si es que los hay, porque hasta el momento no he visto señal alguna de vida en ninguna parte.

Alma asintió, escudriñando las desiertas avenidas que se mostraban ante nosotros, vacías de vehículos y de gentes. Todo aquello comenzaba a inquietarme profundamente. Intuía que algo o alguien nos vigilaba, pero era incapaz de confirmar esa sospecha, dado el total vacío que existía a nuestro alrededor, sin la más leve

señal de vida humana o simplemente inteligente, salvo la presencia de aquel letrero de bienvenida, en correcto inglés, la bandera barrada y estrellada, y la sorprendente semejanza del nombre de ciudad y país respecto a los míos propios.

No me lo explicaba.

Inesperadamente, apenas doblaba una esquina de aquella misteriosa y modernísima urbe, toda ella asfaltada con una especie de material plástico de color gris claro, suave y terso, nos dimos de cara con otra sorpresa.

Era una enorme pantalla de televisión a escala gigante, mucho mayor que las viejas pantallas panorámicas de los cinematógrafos al aire libre de las que hablaban mis abuelos, y que parece hicieron furor a finales del siglo XX, sólo que esta pantalla, montada sobre soportes de metal aluminizado, era estereoscópica, y en su superficie se veía una imagen en tres dimensiones, nítida y perfecta, representando una especie de monumento nacional con los rostros inconfundibles de los Presidentes Washington, Roosevelt y Lincoln, junto a otra faz que me era del todo desconocida, y que representaba a un hombre enjuto, canoso, pálido, de nariz halconada y rostro inteligente.

Sus nombres figuraban al pie de cada imagen proyectada mediante estereoscopio: George Washington, Theodore Roosevelt, Abraham Lincoln… y Elmer Addison.

—Elmer Addison, ¿presidente americano? —me encogí de hombros, perplejo—. Nunca oí hablar de él…

Flotaba sobre las efigies presidenciales la bandera de mi país, pero provista de muchísimas más estrellas. Encima de aquella imagen, como letras corpóreas a causa de la proyección tridimensional, pude leer de inmediato para pasmo mío:

> *Ciudadano: es la hora Cero menos seis minutos. A la hora Cero podrás iniciar tu jornada activa, conforme marcan las leyes de la Nueva Constitución. Sé feliz y trabaja alegremente. Tu Presidente vela por ti y por tu familia.*

—No entiendo nada —me quejé—. Absolutamente nada, Alma.

—¿No es la Tierra? —insistió ella, tras mirar todo cuanto yo contemplaba, con aspecto de verlo por primera vez en su vida.

—No lo sé —me irrité claramente—. Conozco a tres de esos Presidentes. Pero no al cuarto. No sé quién es Elmer Addison. Nunca fue Presidente, que yo sepa.

Las letras en la pantalla cambiaron. Leí con asombro:

> *Hora Cero menos cinco minutos. Día 162 del Período Anual 971 de la Nueva Era, equivalente al año 3078 de la Era Cristiana, ya extinguida.*

—¡No es posible! —grité—. ¡Alma, eso no puede ser!

—¿A qué te refieres? ¿Qué quieres decir con eso, Alan? —se asustó mi compañera, ante la nota desgarradora de mi voz.

—¡No podemos estar en el año 3078 de la Era Cristiana! —rugí —. ¡Eso significaría que llegamos a la Tierra MIL AÑOS después de que algo sucediera a bordo de la nave *Futura*, rompiendo los relojes y calendarios y, tal vez, matando al resto de mis compañeros de tripulación! Y sin embargo, las cifras coinciden… ¡Justamente en el año 2078 se detuvieron todos los calendarios de a bordo! Y ahora, según esa pantalla…, estamos en el 3078, justo diez siglos más tarde…

Ella me miró asombrada, empezando a comprender la magnitud de lo que le estaba diciendo. Iba a responderme algo cuando de repente fue Alma quien lanzó un grito de alarma, señalando a mis espaldas:

—¡Mira, Alan! —avisó—. ¡Gente, gente armada! ¡Y no parecen precisamente amistosos!

Empezaba a volverme, sobresaltado, cuando una voz gritó tras de mí:

—¡A ellos! ¡Están quebrantando la ley de reposo obligado! ¡Faltan aún cuatro minutos largos para la Hora Cero! ¡Arrestadles! ¡Si se resisten, disparad!

Esa orden nada tranquilizadora para nosotros, acababa de ser hecha en perfecto inglés de acento puramente neoyorquino.

Y eran seres humanos los que estaban ante nosotros, prestos a atacar.

4

Eran cinco.

Cuatro parecían soldados o policías. Uniformes, casco metálico negro, pantalla visora de vidrio oscuro sobre sus ojos, como protegiéndolos de algo…

Y armas. Armas en sus manos enguantadas.

El quinto era su jefe, sin duda. Un oficial. Llevaba un distintivo brillante en su casco y en su uniforme de material lustroso como el cuero, pero con brillo metalizado.

Nos encañonaron. El oficial me conminó tajante:

—¡Entréguense de inmediato o serán abatidos!

Traté de resistirme. Tiré de Alma con fuerza, estrujando su mano, con ánimo de escapar a aquella patrulla. Desistí enseguida.

El oficial hizo un disparo con su arma, una extraña pistola de largo cañón y liviana empuñadura amoldado a su mano.

Ante nuestros pies reventó un proyectil en el suelo gris metálico. Un chisporroteo violento alcanzó mis piernas. Sentí una especie de violento espasmo, como si una corriente eléctrica circulara por mi cuerpo. Me sentí aturdido.

—No querrá que dispare una carga de alto voltaje, ¿no? —amenazó el oficial con cara de pocos amigos—. Usted sabe lo que significaría…

No lo sabía, pero era fácil imaginarlo. Armas eléctricas. Pequeño o alto voltaje. Como la descarga de una simple lámpara o la de un cable de alta tensión.

—Está bien —dije—. No dispare. Nos entregamos.

Caminaron hacia nosotros sin fiarse demasiado, cubriéndonos con sus armas. Nos rodearon. El oficial se aproximó unos pasos más, cubierto por sus hombres, alzando la visera de vidrio para contemplarnos.

—Bien, amigos —dijo sarcástico—. Se la han jugado con su

estupidez los dos. ¿Es que no conocen acaso las leyes?

No supe qué decir. Pese a mi indumentaria, tan diferente a la suya, me tomaba por uno cualquiera de los residentes en aquella ciudad. La presencia allí de Alma tampoco parecía impresionarle demasiado.

—Esto va a costarles caro —señaló con gesto elocuente la gran pantalla estereoscópica—. Faltan aún tres minutos para la Hora Cero. Debieron permanecer en sus casas hasta el momento autorizado legalmente. ¿Qué se les había perdido en las calles a estas horas, maldita sea? Tendré que denunciarles a la Comisión de Control Cívico y…

Dejó de hablar. Me contemplaba con asombro ahora. Parecía no dar crédito a sus ojos. Le oí mascullar algo entre dientes, bajar su arma con rapidez e inclinarse ante mí, cuadrándose militarmente con gesto de inmenso estupor.

—Cielos, disculpe, señor —jadeó—. Debo estar loco para hablar así. Inicialmente no pude reconocerle…

Se volvió a sus hombres. De sus labios brotó una orden tajante, mientras yo contemplaba todo aquello con infinito asombro:

—¡Bajad las armas, estúpidos! ¡Saludad! ¿Es que no tenéis ojos?

Los soldados o policías parecieron demostrar que sí los tenían. Al menos, los fijaron en mí, expresaron en sus caras un gesto bobalicón, y se apresuran a bajar sus brazos, saludando en forma castrense a mi persona.

—Debe perdonarnos, señor —le oí musitar al oficial, repentinamente sudoroso y con aire de apuro—. Ha sido un exceso de celo. Debí comprender que no era normal este quebrantamiento de la legalidad vigente… Si se trata de una prueba, admito, señor, haberme excedido en el cumplimiento de mi deber…

Yo no entendía nada. Alma, a juzgar por su gesto, tampoco. Pero allí estaban ahora los cinco militares que poco antes se mostraban amenazadores y hostiles, rindiendo armas dócilmente ante nosotros, como si fuéramos jerarcas y no infractores de sus leyes.

Pero no era cosa de disuadirles de su comportamiento, por raro que éste me pareciese.

Así que me limité a responder con tono de suficiencia:

—Está bien, no se excuse más. Puede dejarnos solos ahora.

—Por supuesto, señor —se apresuró a aceptar el oficial con otro

saludo—. Lo que usted ordene. En marcha, agentes. Gracias por mostrarse tan comprensivo con mi exceso, señor.

—No tiene importancia —respondí, seco.

Los cinco saludaron con rigidez militar. Luego, partieron en formación, desapareciendo en una esquina inmediata. Sus pasos secos, rotundos, se perdieron en el pavimento urbano. Alma y yo cambiamos una mirada de perplejidad.

—¿Qué ha ocurrido exactamente, Alan? —quiso saber ella.

—Lo ignoro. Tal vez nos confundieron con alguien. Sea como sea, estuvimos de suerte. Me temo que las leyes aquí sean bastante severas, a juzgar por las apariencias.

En ese preciso momento, sonó una especie de musiquilla a nuestras espaldas. Unos tañidos metálicos parecieron despertar ecos dormidos en la solitaria urbe, como si un campanario tocara a maitines.

De unos potentes altavoces situados tras la pantalla tridimensional, brotó una voz fuerte, vigorosa, a la vez autoritaria y amable, que me sonó vagamente familiar, sin saber la razón:

—Buenos días, Nueva York. Buenos días, América. Buenos días, Estados Unidos del Mundo. Vuestro Presidente Milenario os saluda. Empieza una nueva jornada. Sed felices en ella y laborad por el bien común de nuestros Estados. Es la Hora Cero.

Siguió la musiquilla, con el tañido de campanas melodiosas. Alma se había vuelto hacia la pantalla. La oí gritar con voz apagada, llena de estupor.

—¡Oh, no! —dijo—. No es posible…

Me pregunté qué nuevo prodigio se estaba produciendo ante sus ojos, y me volví también para mirar a la pantalla.

En ella, las cifras marcaban ahora sobre la imagen: *Hora Cero. Buenos días a todos*.

Pero no era eso lo que hizo gritar a Alma ni lo que provocó en mí una imprecación de estupor sin límites, al tiempo que un escalofrío de horror.

El hombre proyectado allí en una enorme imagen tridimensional, sonriente y amable, mostraba un uniforme gris acerado, con un emblema sobre su pecho, con el escudo americano sobre la esfera azul de la Tierra, y la inscripción bien legible: *Presidente Milenario de los Estados Unidos del Mundo*.

Era él quien acababa de dirigir ese mensaje a través de la pantalla pública. Pero eso no tenía nada de notable.

Lo realmente insólito, lo inaudito, lo que no me cabía en la mente, era el rostro que estaba contemplando en la gran pantalla estereoscópica.

Porque aquel hombre, el Presidente Milenario, como se llamaba a sí mismo…, *era yo*.

Era *mi* rostro, *mi* figura, lo que estaba contemplando. Y la voz que acababa de escuchar por los altavoces era la *mía*.

En ese momento, comenzaron a llenarse las calles de gente.

Era un local público.

Servían bebidas y alimentos. Todo tenía extraños colores, desde la decoración mural, aséptica y fría, hasta las propias botellas de zumos. No parecía haber alcohol. Ni tabaco. Los alimentos alineados en mostradores de vidrieras esterilizadas y refrigeradas, no tenían mucho que envidiar a los de la nave *Futura*: eran pastas concentradas de alimentos naturales o productos deshidratados. Viandas sintéticas, en suma.

No teníamos apetito. Sólo probamos los zumos. Eran insípidos, algo dulzones. Pero carecían por completo de auténticos jugos vegetales o frutales. Sabían a química pura. Pero al menos estaban frescos.

No había camareros ni servicio. Todo era *selfservice*, automático. Unos brazos robot te lo servían extrayéndolo del mostrador. Nadie nos pidió dinero ni nos exigió forma alguna de pago.

Alma y yo bebimos aquellos zumos, sentados a una mesa. Estábamos solos en todo el local. La gente pasaba indiferente ante nosotros, llenando las aceras. Parecían ir a alguna parte sin mirar en torno suyo, fríos y mecánicos como autómatas. Sólo que *eran* realmente humanos. Pero no lo parecían. Carecían de emociones, a juzgar por su comportamiento.

Veía el desfile de hombres y mujeres, de niños cogidos de la mano de sus padres, de personas de diversa edad. Todos vestidos de forma monocorde, casi uniformados. Gris metálico. El color del traje presidencial. No había colores más que en la cafetería desierta y en las botellas de zumos artificiales.

—Estás asustado —dijo Alma.

Me volvía a ella. Me miraba con ojos abiertos, medrosos también.

—Sí —admití.

—¿Qué está ocurriendo, Alan?

—No lo sé.

—Aquel hombre se parecía a ti…

—Más que eso. Era yo mismo. Mi doble exacto.

—Pero eso no puede ser.

—Claro que no puede ser —suspiré—. Pero ha ocurrido a veces. Un parecido notable. Excesivo en este caso, diría yo.

—Por eso nos dejaron en paz los policías…

—Sí —afirmé—. Por eso, Alma.

—¿Has podido descubrir si estamos realmente en tu planeta?

—No, no he podido. Cada vez entiendo menos todo esto. Parece la Tierra. Pero muy diferente a la que conocía. Nueva York es una aldea, aunque muy moderna y extraña, eso sí. La gente…, no sé. Mírala. Parecen robots, máquinas de aspecto humano. No miran nada, no sienten curiosidad. Parece que no piensen. No tienen emociones.

Ella asintió, tras una ojeada a las vidrieras del desierto local. Luego miró a las mesas vacías que nos rodeaban.

—No entra nadie aquí —dijo—. Sólo nosotros.

—Tal vez lo tengan prohibido. Debe ser la hora del trabajo. Nada de asueto. Como máquinas. La Hora Cero, y todos a la calle. Debe ser la Ley.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Si lo supiera… —me encogí de hombros—. Me siento desconcertado, confuso. No sé lo que está pasando, Alma. De veras que no lo sé.

De repente, la calma del lugar se alteró. Zumbaron levemente las vidrieras de la entrada al deslizarse. Asomaron unos hombres al interior. Uniformados, como los otros. Pero no eran los mismos. Empuñaban armas similares.

Un oficial y cuatro agentes. Las patrullas allí eran todas iguales.

Echaron a andar hacia nosotros a un gesto de su oficial de mando.

—Cuidado —avisé—. Ya están aquí. A ver si resulta igual que antes.

Se detuvieron ante nosotros. Sus miradas eran frías bajo las viseras cristalinas.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó el oficial—. Es ilegal entrar en un local público en horas laborales. Es la Ley, deberían saberlo bien. Vengan con nosotros. Es un delito grave no cumplir la reglamentación de trabajo.

—No diga tonterías, oficial —me atreví a espetarle—. ¿Se ha fijado bien en mí?

El tipo alzó su visera. Me contempló en silencio unos momentos. La luz del sol era fuerte. Al fin logró verme bien. Reaccionó como yo esperaba y deseaba.

—¡Señor! —se puso rígido, saludando con energía—. No le había reconocido, señor Presidente… A sus órdenes, señor.

Los otros cuatro saludaron como si fueran uno solo. Los miré, casi divertido.

—Está bien, pueden irse —dije—. Sólo llevo a cabo un experimento para comprobar el grado de eficacia de mi gente. Tendré en cuenta su profesionalidad, oficial.

—Sí, señor Presidente —era obvio que se sentía orgulloso con todo aquello—. Puede confiar en mí. Siempre a sus órdenes. En marcha, agentes.

Salieron de la cafetería con otro saludo, tan marcial que casi resultó cómico. Reía al quedarme a solas con Alma. A ella pareció sorprenderle mi risa.

—¿Estás contento? —musitó.

—No mucho. Pero me divierte el equívoco. Me pregunto cuánto durará. Estamos desplazados en este mundo, Alma. No tenemos casa ni trabajo aquí. No conocemos las normas.

—¿No sería mejor ir a las autoridades y contarles la verdad?

—¿La verdad? Dudo que la creyeran. Hasta ahora sólo sabemos que estamos en un mundo que parece la Tierra, pero con notables diferencias respecto a la que yo conozco. Ese calendario decía que estamos en el año 3078, a un milenio de mi tiempo. Y ese Presidente, idéntico físicamente a mí, se hace llamar el Presidente Milenario de los Estados Unidos del Mundo. Me pregunto si esto es una casa de locos a escala planetaria…, o si hemos llegado realmente a destiempo a este planeta.

Alma me preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente, que es posible que aquella tormenta magnética en el Cosmos nos haya proyectado en el Tiempo…, mil años después de perecer mis camaradas de la nave *Futura*.

Alma pareció fascinada por esa teoría. Puso una mano sobre la mía. Noté que temblaba ligeramente.

—Y si fuera así…, ¿qué podríamos hacer? —musitó.

—Nada —murmuré, meneando la cabeza con desaliento—. Eso es lo peor. Que no podemos hacer absolutamente nada, amiga mía…

Me miró, como si no pudiera creerme. Y yo la miré a ella.

Hubo un profundo silencio entre nosotros, en la soledad aséptica y fría de la cafetería sin clientela ni personal, sin precios ni pagos.

Luego, de repente, alguien dijo en alguna parte:

—¿Qué haces aquí, Alan Sharkell? ¿Quién es esa mujer? ¿Por qué has huido de mí?

Me volvía, sobrecogido, alucinado.

Aquella voz no me era posible olvidarla. Jamás la hubiera olvidado mientras viviera. Pero nunca esperé volver a oírla, desde que desperté en la nave cósmica, rodeado por los cadáveres de mis camaradas de vuelo, allá en los límites del sistema solar o más lejos aún…

Miré atónito a la mujer que había pronunciado mi nombre. Y musité el suyo, con un escalofrío de horror, pero también de esperanza y de amor:

—Lilian… *Tú*…

Era ella. Lilian. Mi prometida. La mujer que dejé en la Tierra, allá en el año 2067 de nuestra Era, al partir hacia Plutón con la nave *Futura*.

5

Lilian.

Igual que siempre. Rubia, atractiva, hermosa, femenina y encantadora. Elegante hasta la fascinación. Ella…

—Alan, he venido a buscarte —insistió ella con rara frialdad—. ¿Por qué te fuiste de mi lado?

No podía dejar de mirarla. Ni siquiera me acordaba ya de Alma, sentada a mi misma mesa, y a la que Lilian había dirigido una mirada fría y recelosa.

—Entonces eres tú —mi voz sonaba ronca, estremecida—. Tú misma, Lilian. El tiempo no ha transcurrido… No era cierto mi temor de esos mil años…

—No digas tonterías, Alan —me reprochó con dureza—. Sabes muy bien a lo que me refiero.

—Tuve que dejarte, compréndelo. La nave, la misión, aquel viaje… Nunca pensé que regresaría. Fracasó todo de tal modo…

—Sabes que no me refiero precisamente a eso, Alan —se quejó Lilian dolorosamente, caminando hacia mí—. Aquella vez regresaste… Es ahora cuando te has apartado de mí. No sabía la razón. Ahora la veo clara: era esa mujer, ¿no? ¿Quién es ella? Nunca pensé que todo este tiempo unidos fuese a terminar así…

No entendía sus palabras, no podía saber de qué estaba hablando. Pero no parecía fingir ni estar trastornada. Me miraba con dolor, con amargura, como si acabara de causarle una gran frustración.

—No me sería fácil explicarte quién es ella. Se llama Alma. Ha venido conmigo desde muy lejos. Pero el resto de tus preguntas carecen de sentido. Dime, ¿en qué año vivimos realmente?

—¿Estás loco, Alan? —pareció asombrada—. ¿*Tú* me preguntas eso? ¿Es que no te encuentras bien?

—Si quieres que te sea sincero, no lo sé. Empiezo a dudar de

todo, incluso de mí mismo y de mi propia razón —confesé con un suspiro—. Lilian, tu presencia aquí es lo más asombroso de todo. Y ese hombre…, el Presidente Milenario… Y este mundo, esta ciudad que dicen que se llama Nueva York… ¿Lo estoy soñando todo, acaso estoy bajo el influjo de una droga maligna que me hace soñar con lo que no existe, Lilian querida?

—Es extraño, Alan. Me llamas querida, pese a haberme abandonado sin justificación alguna, y encontrarte con otra mujer aquí. Hablas sin sentido, como si fueses un extraño aquí… Por el amor de Dios, Alan, vuelve conmigo, partamos de aquí, deja a esa mujer maligna que ha debido embrujarte…

—¿Qué dice usted? —protestó airada Alma—. Yo no he causado daño alguno a Alan, sépalo bien. Empiezo a pensar que es usted quien está intentado confundirle con mentiras y con malas artes.

Las dos mujeres se miraron agresivamente. Yo no sabía qué hacer. Aquella situación, para mí, resultaba delirante. Y por completo absurda. De todos los sinsentidos que estaba viviendo últimamente, la presencia y las palabras de Lilian eran el mayor de ellos, el más incoherente y difícil de aceptar.

Justo entonces, en algún lugar de la calle, sonó una potente explosión.

Lilian gritó, volviendo la cabeza asustada hacia las vidrieras. Pude ver una violenta llamarada saliendo de un edificio, cuyos cristales saltaban en mil pedazos y su metal aluminizado se arrugaba como simple papel, mientras las gentes que iban a sus trabajos se dispersaban despavoridas.

—¡Son ellos! —clamó Lilian—. ¡Otra vez ellos, esos rebeldes odiosos!… ¡Vamos, Alan, hay que hacer algo! ¡Debemos terminar con todos ellos! ¡Alan, ven conmigo, deja a esa mujer!

Y corrió hacia la salida de la cafetería desierta, mientras en la calle aumentaba la confusión, el humo lo llenaba todo, y comenzaban a oírse aullidos de sirenas en la distancia.

Tomé a Alma de la mano y seguí a Lilian al exterior.

El humo era espeso, acre y muy negro. Nos envolvió totalmente, perdiendo de vista a mi antigua prometida en la confusión callejera. Cuando traté de dar con ella de nuevo, me resultó imposible en la impenetrable tiniebla del humo denso que lo invadía todo. De no haber llevado a Alma sujeta por la mano con fuerza, la hubiese

perdido también allí mismo.

Cuando parte del humo se disipó, estábamos a una manzana de distancia del edificio siniestrado, que rodeaban numerosas patrullas policiales, así como un cuerpo de funcionarios de uniforme escarlata, accionando una especie de proyectores de espuma sobre el incendio. Éste se extinguía por momentos.

—Lilian… —murmuré, sin dar con ella—. ¿Dónde se habrá metido?

Ante nosotros, tras una vidriera de otro edificio, asomó un rostro varonil inesperadamente. Era muy rubio, vestía ropas verde oliva, en vez del gris metálico de los demás ciudadanos, y lucía un cabello largo y desordenado. Empuñaba un arma. Me miró con odio profundo. Le oí gritar rabiosamente:

—¡Muerte al tirano! ¡Muerte al Presidente Milenario!

Alzó su mano y disparó.

Tuve el tiempo justo de arrojarme al suelo, arrastrando conmigo a Alma para que no fuese herida. La vidriera se hizo mil pedazos, un proyectil brotó con ella y estalló donde poco antes me hallaba yo. Un muro alcanzado por el impacto, pese a ser de metal, mostró un enorme boquete humeante, de cuyos bordes desgarrados goteaba metal derretido. Era fácil imaginar cuál hubiera sido mi suerte, alcanzado por aquella arma devastadora.

Cuando miré a la vidriera pulverizada, ya no vi ni rastro del joven rubio. El humo seguía envolviéndonos, en menor cantidad que antes, y logrando incorporarme, tiré de Alma hacia una calle cercana que aparecía desierta.

—Vámonos —murmuré—. Creo que hay peligro en esta zona, aunque no sé a qué corresponde ese peligro… Alguien acaba de confundirme con el Presidente, y con intenciones mucho menos amables que los miembros de esas patrullas policiales.

Penetramos en la calle elegida. Pero pronto oímos que venían en dirección nuestra nuevos refuerzos policiales, camino del lugar del siniestro. Temí que pudiera terminar nuestra buena racha con los patrulleros, y elegí una puerta abierta, en uno de los edificios encristalados que nos rodeaban. Borrosamente, al penetrar por ella, leí el letrero que formaba arco sobre la entrada:

VIDEOTECA UNIVERSAL ENTRADA
LIBRE.

Ciertamente, nadie nos impidió el paso. Pero la verdad es que tampoco encontramos a persona alguna para hacerlo. El recinto aparecía tan desolado como la cafetería.

—¿Qué clase de lugar es éste, Alan? —me preguntó Alma, mirando inquieta en torno nuestro.

—Una especie de biblioteca, de tiempos pasados, adaptada a otras formas de conservar la historia de los hombres. En donde antes se alineaban volúmenes o colecciones de publicaciones periódicas, ahora se acumulan videogramas con imágenes del pasado, a juzgar por el nombre que figura en la puerta. Ésta debe ser la actual biblioteca de los humanos con los que nos hemos encontrado, sean terrestres o no.

—¿Y qué vamos a hacer aquí?

—Por el momento, ocultarnos. Y, de paso, tratar de entender algo de lo que sucede ahí afuera. Vamos, Alma. Veamos si podemos poner en funcionamiento algún videoscopio para proyectar imágenes y tratar de saber lo que pasó y lo que está pasando.

No nos costó trabajo encontrar una amplia nave circular con numerosas cabinas individuales, destinadas a exhibir en una pantalla las imágenes que uno deseara proyectar. Un complejo sistema de orden alfabético o numérico servía para elegir determinados temas o épocas, seleccionándolos en un teclado muy semejante al de los viejos ordenadores. Si estábamos realmente en el año 3078, el mundo no había progresado demasiado en mil años.

Nos acomodamos Alma y yo en una de esas cabinas. Cerré la puerta por simple prudencia, comprobé que el mecanismo del videoscopio funcionaba, y empecé a seleccionar temas.

El primero fue en el año 2067 de nuestra Era. El lugar elegido, Cabo Cañaveral, en una fecha determinada. Esperé, sentado junto a Alma, que no quitaba los ojos de la pantalla esperando ver aparecer las imágenes tal vez reveladoras para nosotros. El mecanismo zumbó suavemente. Se iluminó la pantalla. Empezaron a pasar cifras y datos de archivo velozmente. Luego, se concretó una imagen. Era la portada de un diario de entonces. Grandes titulares anunciaban en primera plana:

HOY SERÁ LANZADO AL ESPACIO EL
VEHÍCULO CÓSMICO *FUTURA*.

OBJETIVO DEL VUELO: LLEGAR MÁS
ALLÁ DEL SISTEMA SOLAR.

Me sentí estremecido. Una mezcla de gozo y de inquietud me asaltó. Allí estaba el momento inicial de mi aventura. Por el momento, parecía ser cierto: aquellos temas eran terrestres. Miré fascinado a la pantalla.

Apareció el terreno de Cabo Cañaveral. La pista de despegue. La nave *Futura* con sus cohetes para ser proyectada al espacio. Fuego y humo rugían en su base. Despegaba. Intercalaron unas imágenes y un texto:

> *Por vez primera en la conquista del espacio, once astronautas de diferentes nacionalidades, desde americanos a chinos, unidos en la gran aventura. Al mando del comandante Kaminsky, todos ellos emprenderán el viaje a los límites mismos del Sistema Solar.*

Y comenzaron a aparecer rostros. Rostros conocidos, dolorosamente familiares: todos mis compañeros. Y al fin, el rostro más familiar de todos: el mío.

—¡Eres tú, Alan! —murmuró Alma, sorprendida—. Estabas tan joven como ahora.

—Y de eso hace mil años, si todos esos de ahí afuera no están rematadamente locos —gruñí—. Dios, no entiendo nada.

Dejaron de pasar nuestras imágenes. Presenciamos el lanzamiento, el ascenso de la nave, el desprendimiento de las piezas impulsoras, una vez en órbita. Luego, el salto más allá de la órbita terrestre, hacia su destino final. Hacia la muerte de casi todos ellos.

Se apagó la pantalla. Respiré hondo. Estaba con mi rostro y manos empapadas en sudor. Pero sentía frío.

—Ahora, veamos el año 2078 —musité.

Pulse las teclas adecuadas. Una primera página de otro periódico neoyorquino:

PERDIDO CONTACTO CON LA NAVE
FUTURA. SE TEME UN DESASTRE A
BORDO. LOS INDICADORES DE LA

BASE DE SEGUIMIENTO NO ACUSAN SEÑALES DE VIDA ENTRE LOS ASTRONAUTAS. LA NAVE, SIN CONTROL, NAVEGA HACIA ALFA CENTAURO, TRAS DEJAR A SUS ESPALDAS AL PLANETA PLUTÓN.

Cambiamos una mirada desolada. Los hechos se producían tal y como habían sido. No parecía haber errores en el archivo de noticias de la videoteca. Aparecieron nuevas imágenes retrospectivas del lanzamiento y de nuestras caras.

Cuando parecía que iba a desconectarse la proyección, apareció otra página de un periódico con un titular a enormes caracteres:

¿VIVE UN ASTRONAUTA DE LA *FUTURA*?
INDICIOS DE RETORNO DE UNA MICRONAVE DE SALVAMENTO HACIA LA TIERRA.

Y luego, un presentador de la televisión, en una grabación de su tiempo, aparecía excitado, leyendo un boletín informativo de última hora con voz tensa:

—Señoras y señores, recibimos información urgente de la Agencia de Noticias *Transwodd*. La micronave de salvamento de la *Futura* ha penetrado en órbita terrestre y desciende bajo control de la base de Houston en perfectas condiciones. Se ha confirmado que en su interior viaja el único superviviente de la *Futura*, milagrosamente salvado del desastre y en regreso a la Tierra. El superviviente es el astronauta Alan Sharkell, norteamericano. Esperamos poder dar en breve la bienvenida al héroe del espacio que regresa a nosotros sano y salvo desde los mismos confines del Sistema Solar…

Mi fotografía volvió a aparecer, cubriendo la pantalla. Se inició un reportaje biográfico de mi persona, con escenas familiares o en los entrenamientos de la NASA. Estupefacto, me volví a Alma.

—Eso es disparatado. Yo *nunca* volví a la Tierra de ese modo —murmuré.

—Entonces…, ¿quién iba realmente a bordo de la nave de salvamento? —indagó ella, mirándome.

—No lo sé —confesé amargamente.

Y con una repentina idea en mi mente, conecté ahora el nombre de Alan Sharkell, sin esperar a más, tecleando mi nombre en el ordenador.

Aguardamos, expectantes. Las imágenes comenzaron sobresaltándome.

Apareció el hombre del uniforme gris metálico, de la sonrisa amable, de la expresión enérgica. *Mi rostro*, en suma. Yo mismo, en aquella pantalla.

Y debajo, comenzó el texto explicativo:

> *ALAN SHARKELL. Astronauta de la NASA en el siglo XXI. Viajó a los límites del Sistema Solar en la nave Futura en el año 2067, regresando a bordo de la cápsula de salvamento Icaria en octubre del año 2078 de la Era Cristiana.*
>
> *Actualmente, es el Presidente de los Estados Unidos Mundiales, a título vitalicio. Su mandato dura, pues, mil años, demostrándose así lo que se comprobó a su regreso de las estrellas: Alan Sharkell es inmortal, y gobernará a la Tierra durante toda una eternidad, tal y como prometió al asumir el poder, tras la Cuarta Guerra Mundial, en el año 2101.*

—Dios mío… —murmuré—. Qué locura… ¡Qué increíble locura!…

—Pero eso no puede ser cierto, Alan… —objetó Alma, perpleja.

—Es que *no* es cierto —gemí—. Nos hemos encontrado a bordo de la *Futura* tú y yo. Acababa de despertar de un largo sueño artificial del que mis cantaradas no pudieron hacerlo, como viste por ti misma.

»Ese fenómeno luminoso, tormenta cósmica o lo que fuese, nos proyectó a esta época, a este lugar. Pero yo nunca embarqué en la *Icaria*. Y, sin embargo, es cierto que existía una cápsula de salvamento de ese nombre a bordo de la nave, para cualquier emergencia. Eran once las naves individuales dispuestas en la

Futura, cada una con su nombre respectivo.

—Y en ese caso, el que viajó a la Tierra, ¿quién era?

—No lo sé. Pero de eso hace ya mil años, Alma. De modo que debe ser cierto. Es inmortal. Pero no es Alan Sharkell, de eso estoy bien seguro.

—¿Y Lilian, tu ex novia?

—Ese es otro enigma desesperante. ¿Qué hace Lilian, llamándome por mi nombre, preguntándome por qué me alejé de su lado? Aunque ese falso Sharkell sea inmortal, ella no lo era. Y, sin embargo, hace mil años largos que la abandoné. Sigue igual de joven que entonces, sin embargo.

—¿No figurará su nombre en este archivo? —me sugirió Alma.

—No lo sé. Pero se puede intentar —dije, tecleando su nombre y apellidos completos, Lilian Landers.

La pantalla dio respuesta también a eso. Apareció su imagen. Tal como yo la recordaba a bordo de la *Futura*. Tal como Alma y yo la habíamos visto poco antes en aquel recinto.

Y el texto me dejó alucinado:

> *LILIAN LANDERS. Nombre de soltera de Lilian Sharkell, esposa del Presidente de los Estados Unidos del Mundo desde el año 2080, cuando Sharkell era sólo candidato a la Presidencia, resultando derrotado en las elecciones por el Presidente Elmer Addison, que en el 2102 afrontaría la espantosa Cuarta Guerra Mundial, que terminaría con el mundo conocido anteriormente, iniciándose la Nueva Era, bajo el mandato de Sharkell, el Milenario, hasta nuestros días. Lilian Sharkell fue dotada del don prodigioso de la inmortalidad y de la eterna juventud que el astronauta, hoy Presidente del planeta Tierra, trajo como un legado sobrenatural de su fantástico viaje más allá de Plutón.*

—De modo que Lilian se casó con *él*, pensando que era yo mismo. ¡Pero lleva así mil años, en el mismo error! —sacudí la cabeza, desconcertado—. En vez de aclararse las cosas, todavía se ponen más oscuras, Alma.

—¿Por qué no averiguamos qué sucedió exactamente con la Cuarta Guerra Mundial? —me preguntó ella.

—No es mala idea —admití—. Tal vez nos aclare algo las cosas.

Nos aclaró demasiado. Fue la guerra más terrorífica imaginable. Tras la Tercera Guerra Mundial, que yo había conocido ya en el año 2050, felizmente terminada en un armisticio que evitó el holocausto final, aquélla había superado en virulencia a todo lo imaginable. Países enteros fueron arrasados, bloques completos de naciones unidas por ideologías e intereses comunes fueron aniquilados brutalmente con nuevas y espantosas armas.

El mundo entero quedó semidestruido. Desaparecieron enormes urbes como Londres, Nueva York, Washington, París, Moscú o Pekín. Y luego, lentamente, se inició una reconstrucción por parte de los supervivientes de todas las razas.

Se unieron en una Federación de Estados supra-nacionales, para evitar viejas rencillas y nuevas guerras. Entonces, Alan Sharkell se convirtió en el Presidente vitalicio, por votación abrumadora. Demostró que era eternamente joven e inmortal. Se casó con Lilian Landers antes del desastre mundial, como decían las biografías, y ambos eran ya los nuevos Primeros Ciudadanos del mundo.

Así se explicaba aquel Nueva York pequeño, provinciano, la ausencia de vehículos en calles y carreteras. Todo era nuevo. Pero la energía se racionaba, se prohibió el uso de vehículos, se legisló prohibiendo libros y lecturas. Se programó la familia rígidamente. Y el trabajo, y el ocio. El Presidente era omnímodo y todopoderoso. Su palabra era la única ley en todo el mundo. La lectura se suplió por imágenes, todas controladas por la Presidencia.

Y aquél era el mundo donde estábamos ahora, en el año 3078 de la antigua Era.

El mundo de un hombre que decía llamarse Alan Sharkell y ser inmortal. Un hombre idéntico a mí… Pero que no era yo.

—Salgamos de aquí —murmuré anonadado, poniéndome en pie ante la pantalla por la que acababan de desfilar todos los horrores de aquella guerra que, desde el año de la Era Cristiana 2107, había dado pie a la llamada Nueva Era.

La Nueva Era de un mundo convertido en una especie de nación

total, a escala universal, sin fronteras ni gobiernos distintos. Todo bajo el mandato del Presidente vitalicio Alan Sharkell.

Sin embargo, *yo* era ese hombre. El único, el verdadero Alan Sharkell. Y no era presidente de nada. No tenía la menor relación con aquel ser misterioso que se hacía pasar por mí, gobernando el planeta Tierra durante mil años.

—Dios mío, Alma, me gustaría encontrarme cara a cara con ese hombre alguna vez —murmuré, saliendo de la cabina.

—¿Con el Presidente? —me preguntó ella, mientras caminábamos cogidos de la mano a través del amplio salón circular destinado a locutorios de la videoteca.

—Sí. Con el que dice ser Alan Sharkell. Con ese farsante miserable que lleva mil años engañando al mundo y a la propia Lilian.

La puerta de acceso a la sala circular se abrió en ese preciso instante.

—Sabía que estarías aquí —dijo el hombre que asomó por ella.

Me paré en seco. A mi lado, Alma lanzó un gemido de estupor. Yo miré, incrédulo, al personaje erguido ante mí.

—No… No puede ser… —murmuré.

Era yo… *Yo mismo*.

Estaba mirando cara a cara a mi propio reflejo, a mí misma persona. Aquel hombre era idéntico a mí. Como una copia exacta.

Sólo que él lucía el impecable atavío gris metálico y el emblema de los nuevos Estados Unidos Mundiales.

Era Alan Sharkell, el Presidente inmortal. Frente a frente con Alan Sharkell el verdadero, el astronauta.

Era como contemplarme en un espejo. Le miré. Me miró. Sonreía burlón, como si aquello fuese divertido para él.

Luego, aparecieron tras él hombres de uniforme, con cascos de negro metal y viseras de vidrio oscurecido. Dispararon sobre nosotros.

Alma y yo caímos fulminados.

6

Fue como iniciar una nueva secuencia cinematográfica, tras un fundido en negro, partiendo de la misma situación.

Estábamos los dos aún frente a frente. El Presidente Milenario y yo.

Sólo el escenario había cambiado.

Ya no era la sala circular de la Videoteca Universal. Era una estancia más reducida de dimensiones. Muros desnudos, grises, de un tono metálico y frío, solamente alterados por la presencia de un semicírculo de pantallas de televisión tridimensional, recogiendo diversas escenas exteriores: soldados, policías de servicio, puertas, corredores, jardines, accesos a alguna parte.

Él estaba sentado en una butaca de color gris y plata. Yo, en otra.

Pero él estaba libre, sus miembros no estaban ligados. Apoyaba sus brazos en la butaca. Cruzaba sus piernas con descuido.

Yo estaba sujeto por fuertes bandas de tejido metálico. No podía moverme.

—Como ves, aún estás vivo, Alan Sharkell —sonrió amablemente.

Busque a Alma con la mirada. No la vi por parte alguna. Estábamos solos los dos en aquella cámara. Él pareció leer mis pensamientos. Me tranquilizó:

—No temas por ella —dijo—. Está bien.

—¿Dónde está? —inquirí.

—Sana y salva, eso es lo que te importa, ¿no? —amplió su sonrisa—. Bien. Supongo que querías conocerme, verte ante mí. Ya lo has conseguido.

—Verme…, ¿ante quién? —puntualicé, seco—. ¿Quién eres?

—Lo sabes muy bien: Alan Sharkell, el Presidente de los Estados Unidos Mundiales.

—¿Y yo quién soy, entonces?

—Alan Sharkell, astronauta de la NASA hace mil años —rió suave—. ¿Lo has olvidado acaso?

—No, no lo he olvidado. Pero nunca tuve hermanos. Y menos aún gemelos.

—Yo no soy tu hermano. Ni tu gemelo.

—¿Entonces…?

Se encogió de hombros con su inevitable sonrisa.

—Tendrás que encontrar tú mismo la respuesta —señaló enigmático.

—¿Dónde? —exigí.

—No lo sé. Es cosa tuya. Yo no pregunto nada. Sé quién eres. Sé de dónde vienes. Incluso sabía que te encontraría en ese lugar, en la Videoteca. Era natural imaginarlo.

—¿Por qué?

—Buscabas la respuesta. Aquél era un buen sitio para dar con ella.

Murmuré:

—No averigüé mucho. Sólo que estoy realmente en la Tierra. Y que esta villa es Nueva York.

—Es mucho mejor que sea así a lo que era cuando yo fui nombrado Presidente. Aquí sólo había ruinas y cuerpos desintegrados. Era lo que quedaba de un Nueva York con setenta y cinco millones de habitantes. El resto del mundo no estaba mucho mejor.

—¿Y qué has hecho para mejorarlo?

—Terminar con las guerras. Ahora, todos somos una sola nación. No hay enemigo.

—¿Quién era, entonces, el que puso el explosivo en aquel edificio?

—Oh, ese… —su rostro se ensombreció un momento—. Rebeldes. Siempre hay disidentes. Gentes que se creen en posesión de la verdad.

—Una guerra civil también es una guerra.

—Aquí no hay guerra civil —se irritó—. Sólo un puñado de locos violentos y revolucionarios. Los demás no les siguen.

—Imagino por qué: el sistema. Nada de lecturas, nada de ideas propias. Todo planificado por el Gobierno. Horas de salir a la calle,

trabajo, ocio, alimentos… No se paga por nada. Tampoco se cobrará. Todo lo da el Estado. Todo lo recibe del ciudadano. ¿Es ése tu método de dirigir una sociedad? ¿Castrarla de sus libertades y de su cultura, de la imaginación y el pensamiento?

—El Estado es su libertad, su cultura, su imaginación y su pensamiento. Les protegemos a todos. Todos trabajan. Todos se divierten. Tienen los hijos que marca la Ley. Trabajan las horas que están prescritas, tienen el ocio que se les marca. Son felices.

—¡Felices! Esa felicidad es imposible. Sólo pantallas de televisión, seguramente juegos electrónicos como ocio. Nada de tabaco, de alcohol, de mujeres, de diversión. Se eliminan los vicios. Pero también las virtudes. ¿Vale la pena todo eso?

—Vale la pena. Presido un mundo en paz, tranquilo y sosegado.

—Un mundo de autómatas falsamente felices en su ignorancia.

—La vida animal y vegetal se hizo imposible en la Tierra. Gracias a mis ideas, tienen jardines. Y campos. Y ríos, mares, lagos.

—¿Y animales? ¿Tienen animales? —pregunté.

—No —negó—. No pueden sobrevivir. Ya no. Sólo los humanos. Y siempre que no se corran riesgos. Es el mundo que nos dejaron nuestros antecesores. Los tuyos y los míos, Sharkell.

—¿Tú eres terrestre? —dudé.

—Llevo mil años demostrándolo —sonrió—. Soy Alan Sharkell.

—¡Alan Sharkell soy yo! —clamé, agitándome en mi asiento—. Nunca regresé del *Futura* en la micro cápsula *Icaria*. Tú eres un farsante, un suplantador.

—¿Tú crees? —rió—. Lilian, mi esposa, no piensa igual.

—Lilian está engañada. Me confundió contigo antes. Ella sabe que soy yo. Aun después de mil años.

—¿Lo crees así? —se encogió de hombros. Inclinose hacia un monitor de televisión y pulsó una tecla. Pidió secamente—: Que venga la señora Sharkell.

Se quedó mirándome con fijeza. Era una experiencia extraña e inquietante. Como si se hubiera desdoblado mi persona en aquella reproducción exacta de mi rostro, de mis manos, de mi figura, incluso de mi voz. Sin embargo, intuía el profundo abismo que nos separaba. Éramos dos mentes distintas bajo una misma apariencia física. Mi *sosias*, pese a su sonrisa fría y cortés, me parecía cruel, déspota, lúcidamente perverso. Había levantado un mundo sobre

ruinas. Pero un mundo helado, deshumanizado, sin sentimientos ni emociones. Parecía más la obra de un laboratorio que la de un gobierno intentando dar paz y prosperidad a un mundo que empezara de nuevo su camino casi un milenio atrás.

Se deslizó un panel metálico silenciosamente. Lilian entró en la sala. Vestía sobriamente una túnica azul oscura, con el distintivo de los Estados Unidos Mundiales sobre el pecho. Seguía siendo hermosa, altiva, majestuosa incluso.

—¿Me has hecho llamar, Alan? —preguntó.

Pero se dirigía a él, no a mí. Caminó hasta situarse a su lado.

Se limitó a dirigirme una ojeada de indiferencia, como si no me conociera.

—Sí, querida —dijo el Presidente—. ¿Conoces a este hombre?

Lilian fijó sus ojos en mí. Seguía mostrando un distanciamiento inexplicable.

—Sí —afirmó—. Le vi antes en la cafetería. Le confundí contigo. Fue un error estúpido, Alan.

—¿Por qué?

—Debí comprender que no eras tú. Se trata de un vulgar suplantador.

—¡Él es el suplantador, no yo! —protesté airado—. ¿Es que no te das cuenta, Lilian? Yo sigo siendo el mismo de antes, el que partió hacia las estrellas, el hombre que iba a ser tu esposo. Ése…, ése no es nadie. Sólo un falsario. Te engañó a ti y engañó al mundo entero entonces. Y lleva mil años engañando a todos.

—¿Qué dices a eso, Lilian? —preguntó él suavemente.

—Está loco —sonrió Lilian poniendo una mano en su hombro. Se inclinó y beso sus labios—. Tú eres Alan. Siempre lo fuiste.

—Gracias, querida. Puedes irte si lo deseas —concedió él.

—Hasta luego, cariño —musitó Lilian, alejándose de nosotros hacia el punto por donde hiciera su aparición—. Termina pronto. Cuando noté tu ausencia del palacio presidencial, creí que te habías marchado de mi lado como me dijiste. Y entonces te busqué, encontrando a ese hombre. Creo que fui una estúpida al confundirle contigo. Una mujer enamorada siempre sabe quién es el hombre a quien ama. Y yo llevo mil años amándote, mi querido Alan.

Abandonó la estancia. El panel se cerró tras ella silenciosamente. Volvimos a quedarnos solos los dos, frente a frente. Me sentía

abatido, confuso.

—Ya lo has visto —sonrió—. ¿Fue prueba suficiente?

—La tienes sugestionada. Tal vez drogada. Ella miente. Pero no lo sabe.

—Esa es tu opinión, Sharkell. Empiezas a aburrirme —bostezó discretamente y se puso en pie con su mejor sonrisa—. Bien, terminemos nuestra charla. Como ves, ni siquiera intenté que mis hombres te mataran. Me limité a ordenar que os dejaran fuera de combate a tu amiga y a ti. Ahora eres mi prisionero. Has quebrantado varias leyes. Debo castigarte.

—Lo supongo —suspiré—. Eliminarme te será cómodo. Nunca se sabrá que Alan Sharkell, el verdadero Alan Sharkell, regresó del pasado para desenmascarar a un farsante en el futuro.

—Vuelves a equivocarte. No pienso matarte. La pena de muerte no existe en la Tierra ahora.

—¿Entonces…? —le miré desconfiado—. A veces, morir no es lo peor que puede ocurrirle a un ser humano, Presidente.

—Tampoco existe la tortura, si es lo que piensas —rió con ironía —. Tenemos leyes más humanitarias y procedimientos más civilizados para castigar a los que delinquen. Serás conducido, junto con tu amiga, al Centro de Represión Legal.

—Represión Legal… —repetí—. No me gusta eso. No suena bien.

—Sin embargo no es nada siniestro ni estremecedor, Sharkell —dijo con tono afable—. Serás hibernado y reciclado. No sufrirás daño alguno. Pero cuando salgas de allí, tu mente será distinta, podrás integrarte en nuestra sociedad sin problemas. Sólo alteraremos levemente tu rostro para evitar equívocos molestos en lo sucesivo.

—Sabía que había algo oscuro y feo tras tus buenas palabras —murmuré con aspereza—. Lavado de cerebro, ¿no?

—No exactamente. Reordenación de neuronas, reeducación de la conducta, memoria borrada en parte… El nuevo ciudadano que salga del Centro será un perfecto súbdito de mi nación única. Te incorporarás a nuestra sociedad dócilmente, obedeciendo todas las leyes. Y también tu amiga. Eso es mejor que morir, ¿no?

—El verdadero Alan Sharkell te estorba, confiésalo.

—Digamos que me irrita y me molesta —se echó a reír

sarcástico—. Es todo, Sharkell. Cuando volvamos a vernos los dos, ya no serás mi enemigo, sino un súbdito fiel.

—¡No quiero! —clamé—. ¡No quiero aceptar una existencia miserable, como un autómata más en tu mundo triste y programado!

Me debatí en vano entre mis correajes. El Presidente salió de la estancia sin dignarse mirarme, sin resolver siquiera el enigma que me obsesionaba. Seguía sin saber quién era él, por qué utilizaba mi nombre y era idéntico a mí, por qué Lilian le aceptaba como al verdadero Alan Sharkell. Y, sobre todo, por qué era inmortal, por qué Lilian también gozaba de su misteriosa juventud eterna durante siglos y siglos…

Poco después, entraron varios agentes de uniforme y caso de metal negro. Uno de ellos se inclinó sobre mí. Me inyectó algo en una vena mientras yo le escupía al rostro, furibundo.

Al instante perdí el conocimiento.

7

Sentirse como un insecto bajo una lupa del investigador científico, no es nada agradable.

Así me sentí yo al despertar. O peor aún.

El tubo cristalino me recordó el de un laboratorio. Verme desnudo dentro de él, envuelto en aquel vaho acuoso, me hizo el efecto de ser una cobaya a punto de un experimento biológico. O un ejemplar especial de un siniestro zoológico.

Estar erguido, en pie dentro de aquel cilindro repleto de un gas tenue, de leve coloración turbia en el que parecía flotar ingrávido.

En otro tubo semejante, Alma, tan desnuda como yo mismo, era otro ejemplar de aquel zoo diabólico. Traté de llamarla, de moverme. No me fue posible.

No brotó voz de mi boca, ni mis músculos respondieron al impulso. Estaba como paralizado por completo. Sólo podía pensar. Y ver. Dentro del tubo, el silencio era absoluto, casi hiriente. Y las sensaciones físicas de mi cuerpo, totalmente nulas.

Alma parecía estar en idénticas condiciones.

En un momento dado, se cruzaron nuestras miradas. Era lo único que pudimos hacer para comunicarnos. Ninguno nos sentimos particularmente impúdicos por vernos íntegramente desnudos. Eso, ahora, carecía de toda importancia para nosotros.

Transcurrió algún tiempo en aquel estado de lasitud, solos en la cámara donde se hallaban ambos cilindros cristalinos. En un momento determinado, esa soledad se alteró. Aparecieron hombres con batas de color amarillo.

Nos miraron como a bichos raros. Hablaron entre sí. No pude oír lo que decían. Pero su gesto era frío, curioso simplemente de un modo profesional. Uno de ellos fue hasta unos controles donde pulsó unas teclas. Se iluminó una pantalla con una serie de acusadas ondulaciones fluorescentes. Tuve la sensación de que eran nuestros

síntomas vitales, acaso un encefalograma o algo parecido.

Luego, de repente, presionó un botón. Mi cilindro se iluminó vivamente. Un resplandor azul, lívido, lo invadió todo. Mi piel pareció volverse azulada. Sentí una violenta sacudida. Mi cerebro sufrió algo parecido al aguijonazo de mil púas dolorosas, penetrando en mi cráneo, anulando mis pensamientos.

Me sentí sacudido, volteado dentro de mi encierro, mi cuerpo convulsionado por aquella especie de terrible descarga, capaz de enloquecer a cualquiera si se prolongaba indefinidamente.

El dolor cesó. Sentí una rara tranquilidad. Mi mente parecía entrar en un trance de relajamiento profundo. Me asusté. Tal vez era el inicio de la reprogramación mental que mencionara el Presidente.

Sufrí más cuando fue Alma quien experimentó igual tratamiento. Su hermoso cuerpo virginal, agitado convulsamente en el cilindro cristalino, envuelto en el baño de luz azul, me enfureció y exasperó. Hubiera triturado gustosamente a aquéllos fríos y deshumanizados científicos que estaban trabajando con nosotros como si fuéramos simples microbios.

Mi voz no brotó, mi boca no pudo emitir sonidos airados. Ni mi cuerpo moverse. La tortura de Alma cesó. La vi tan calmada como yo mismo. De nuevo la luz azul invadió mi tubo. Pero ya no sentí dolor. Evidentemente, sólo el primer impacto del *shock* resultaba doloroso. Ahora sabía que estaban hurgando en mi mente a distancia, alterándola progresivamente mediante sus malditas máquinas. Podía advertir desde allí mismo cómo los gráficos en la pantalla se iban desfigurando, tomando nueva forma.

Alma y yo empezábamos a ser reciclados, convertidos en nuevos seres capaces de obedecer en todo aquellos que legislaban en nombre del Presidente Milenario.

Tras una serie de pruebas semejantes, nos contemplaron escépticos, hablaron de nuevo entre sí y abandonaron la sala uno a uno. Alma y yo volvimos a quedarnos solos en nuestras angostas prisiones.

Me dormí aunque no quería hacerlo. Mi cerebro estaba cansado. Mi cuerpo también. Acaso aquellas radiaciones habían despertado la fatiga en mi mente.

Me hundí en un letargo profundo, flotando en aquel vaho

nebuloso del tubo experimental.

Cuando desperté, ya no estábamos solos. Pero no eran los científicos de batas amarillas los que permanecían al otro lado de las cóncavas paredes vidriosas de mi encierro.

Era Lilian Sharkell, la esposa del Presidente, erguida ante mi extraña celda, contemplándome conmovida.

—Voy a liberarte, Alan —dijo simplemente.

Y me fue posible oír su voz, entender sus palabras.

Alma y yo permanecimos quietos ante ella, fuera de nuestros encierros cristalinos. Nuestra desnudez seguía sin avergonzarnos, ni siquiera ante los ojos de Lilian.

—¿Por qué lo haces? —quise saber.

—Soy Lilian, ¿no? —respondió ella—. Debo hacerlo.

—No veo la razón. Alan Sharkell es tu esposo: Eso dijiste antes.

—Tú también eres Alan Sharkell —sonrió, mirándome.

—No —negué—. Uno de los dos no es el que dice ser.

—Quizá —se encogió de hombros—. No he venido a discutir eso. No hay tiempo. Tenéis que escapar ahora mismo. Antes de que sea demasiado tarde y vuelvan los programadores clónicos.

—¿Adónde podemos ir así? —pregunté, mostrando nuestra desnudez.

—Yo os diré adonde. Pero llevaréis ropas adecuadas —suspiró, extrayendo de su túnica dos pequeños envoltorios planos—. Son prendas con las que pasaréis desapercibidos, siempre que ocultes lo más posible tu rostro, Alan.

Tomé los envoltorios.

Miré a Lilian empezando a perdonarle su irritante comportamiento anterior. Nos había sacado de los tubos de vidrio y del gas turbio, accionando unos resortes que hicieron abrir la mitad del cilindro para que pudiéramos recobrar el control de nuestra voz y nuestros miembros al contacto con el aire externo.

—No logro entenderte —confesé—. Ni entiendo nada de todo esto. Pero es igual. Imagino que tampoco hay tiempo para aclarar nada.

—Así es. No hables, Alan. Vestíos los dos. El tiempo apremia.

Desplegamos los envoltorios. Eran prendas de un tejido tan liviano que, una vez doblado, casi cabía en la mano. Sólo un pantalón y una especie de suéter.

Cubrieron nuestra desnudez y me sentí algo más cómodo.

—Seguidme —indicó Lilian con apremio.

Obedecimos. Nos llevó a través de un panel, hacia un túnel cilíndrico que se hundía en un muro. Caminamos un largo trecho por aquella vía angosta, alumbrada mediante unos paneles fluorescentes en el techo.

Al final nos esperaba una pequeña sala donde aparecía algo así como un vehículo plano, ovalado, de metal rojo oscuro, suspendido sobre una especie de bandas rodantes.

—Creí que no había vehículos en la Tierra ahora —comenté.

—Y no los hay —sonrió Lilian—. Están prohibidos por las leyes. Este es uno de los pocos que existen clandestinamente. Es mío. El Presidente nunca me prohibió poseerlo. Pero nadie me ve utilizarlo. Subid a él. Su manejo es fácil, pronto lo comprobarás.

—¿Adónde debo dirigirme? Ahora, todo el mundo pertenece a un mismo gobierno: el de tu marido.

—Toma el rumbo norte. Donde antes existía el Canadá. Es el Estado Nórdico de América. Despoblado casi todo él. Allí se refugian los rebeldes.

—¿Los que provocaron el caos en la calle con aquella explosión?

—Los mismos. Son revolucionarios, enemigos del sistema. Los capitanea un tal Killiar. Ellos pueden ayudaros.

—¿Y si no lo hacen? —sugerí.

—Entonces tendréis graves problemas. Son gente dura, violenta. Si sospecharan que podíais ser espías del gobierno, os tratarían mal. Deberás disuadirles de eso.

—¿Y mi rostro? Pueden pensar que soy el Presidente…

Ella me indicó:

—Será tarea tuya convencerles de que no lo eres. No puedo hacer más por vosotros. Tomad mi vehículo y partid de inmediato. Si podéis burlar la vigilancia urbana, llegaréis sin problemas al Estado Nórdico. Es mejor que convertiros aquí en ciudadanos reciclados. Dejaríais de ser vosotros mismos.

—Ya ni siquiera sé quién soy —confesé amargamente—. ¿Quién es, en realidad, Alan Sharkell? ¿Qué sucedió en el pasado, hace mil años?

—Yo no tengo esa respuesta, Alan. —Lilian apretó mi mano, mirándome fijamente—. Suerte, seas quien seas. Suerte para ambos.

Adiós.

Nos dejó solos junto a la pequeña nave biplaza. Subimos Alma y yo a ella. Nos acomodamos en su angosta cabina. Una ojeada a los sencillos mandos, me demostró que Lilian tenía razón. Era sencillo de manejar. Tenía un indicador de ruta. Lo ajusté en dirección norte y luego accioné el resorte de marcha.

Se abrió una bóveda sobre nosotros. El cielo asomó, estrellado. Era noche cerrada. Tal vez la mejor hora para intentar la fuga de aquel pequeño, provinciano Nueva York del siglo XXXI, tremendamente hostil para nosotros.

La pequeña nave despegó. A velocidad fulgurante, se elevó verticalmente, remontó por encima de las bóvedas cristalinas de la urbe, dormida en sus horas dedicadas al reposo por las leyes rígidas del Presidente Sharkell, y nos alejamos a toda marcha, como una centella en la noche, dejando rápidamente atrás los edificios de la nueva capital del mundo.

—¿Crees que esto saldrá bien, Alan? —dudó Alma, apretándome con fuerza el brazo.

—No, no puedo saberlo. Pero es mil veces mejor morir en este empeño, que seguir siendo objeto de un experimento tan inhumano. Prefiero estar muerto a ser otra persona diferente de quien soy, a no pensar ni sentir, a ser un autómata más en ese mundo de falsa felicidad creado por el Presidente Milenario.

Alma asintió, contemplando el veloz desfile de campos y ríos, llanos y colinas, bajo nuestra nave. Los antiguos Adirondacks, convertidos ahora en un amasijo informe de ruinas geológicas, también quedaron pronto atrás. La velocidad de crucero del pequeño y ligero vehículo de Lilian era realmente admirable.

Poco a poco fuimos adentrándonos en territorios que un día fueron canadienses, salpicados ahora de nieves desoladas, sin la presencia de ciudades y pueblos habitados, en una soledad escalofriante.

Me pregunté cómo podríamos dar con Killiar y sus rebeldes en una extensión tan enorme, sin tener la menor idea de su paradero actual.

La cosa resultó más fácil de lo que yo podía esperar.

Porque fue Killiar quien nos encontró a nosotros, en vez de nosotros a él.

Un destello súbito nos envolvió cuando sobrevolábamos una tundra helada, entre altas montañas nevadas.

La nave se agitó, dio varios tumbos en el aire y comenzó a descender.

Alma, alarmada, se abrazó a mí.

Miramos abajo. El suelo se acercaba rápidamente a nosotros. Seguíamos envueltos en aquella especie de haz de luz, de un vivo, deslumbrante color cárdeno, que había herido a la nave en un momento dado.

—¿Qué ocurre, Alan? —gimió la joven, apretándose contra mi cuerpo.

—No lo sé. Creo que alguien ha dirigido un proyector de rayos contra nosotros. Ignoro si nos estrellaremos en el suelo, haciéndonos mil pedazos, o si saldremos con vida de este trance.

—¿Crees que serán las fuerzas presidenciales las que nos atacan?

—Lo ignoro. Si es así, estamos perdidos. No creo que el falso Alan Sharkell nos dé una segunda oportunidad. Aunque no exista la pena capital en su Estado, nos hará eliminar, estoy seguro de ello.

Cuando nos faltaba poco para estrellarnos violentamente sobre la nieve, el rayo de luz se intensificó. Pareció sostenernos repentinamente en el aire, como sujetos por un hilo invisible.

Estábamos a menos de cincuenta yardas de la superficie nevada, colgados del vacío, incapaces de maniobrar. Luego, lentamente, empezamos a perder altura. Nos posamos mansamente en la nieve con un seco crujido del blanco elemento bajo el fuselaje rojo de la pequeña nave.

—Bueno, sea donde sea, creo que hemos llegado, Alma —suspiré.

—Ojalá sea para bien… —la oí musitar, siempre apretada contra mí.

No comenté nada. No valía la pena. Ya todo estaba en manos del destino. O de nuestros captores, para ser más exactos.

Porque era obvio que alguien nos había cazado en plena noche con aquel rayo misterioso que paralizó y atrajo la nave a tierra.

Abrí la portezuela, lamentando que Lilian no me hubiera facilitado al menos un arma para defendernos de cualquier adversario. De todos modos, pronto comprobé que esa arma hipotética hubiera servido de bien poco.

De entre los montículos nevados que nos rodeaban, empezaron a asomar hombres armados, formando círculo sombrío en torno a nosotros.

—Ya están, señor —dijo alguien—. Los hemos capturado.

Todos vestían uniforme verde oscuro. Recordé al hombre rubio que disparara sobre mí en Nueva York, tras el atentado. El de aquella gente era el mismo ropaje. Por tanto, habíamos caído sin duda en poder de los rebeldes mencionados por el Presidente y su esposa.

De detrás de los hombres emergió un personaje que me era sobradamente conocido. Precisamente el mismo hombre que disparara contra mí. Su rubia melena se agitaba al viento helado de la noche nórdica. Me miró con gesto ceñudo. Luego lanzó una exclamación gozosa.

—¡Es él! —gritó—. ¡Es el Presidente Sharkell en persona, muchachos!

Un clamor de júbilo se elevó del grupo de rebeldes. Sus miradas fijas en nosotros se hicieron aún más duras y agresivas. Agitaron sus armas en señal de agresividad.

—¡Muerte, muerte al tirano! —clamaron—. ¡Muerte al verdugo de nuestros hermanos!

—Calma, amigos —les frenó el rubio joven—. Killiar, vuestro líder, os promete justicia rápida. Podéis hacer lo que tanto hemos deseado durante todo este tiempo. ¡Matad al Presidente Milenario! ¡Matadle ya!

Las armas nos encañonaron. Apreté a Alma contra mí. Supe que iban a convertirnos en una criba. Sólo atiné a decir:

—Os equivocáis. No soy el Presidente. Pero ya que pensáis que lo soy y me costará convenceros de lo contrario, permitid que al menos esta mujer salve su vida. Matadme sólo a mí, aunque sea un error y una injusticia.

—No —negó Killiar con energía—. Si el Presidente merece morir, también lo merecen sus aliados y amigos, aunque sean mujeres. ¡Matad a ambos!

Ahora ya estaba echada nuestra suerte. Íbamos a morir ambos sin remedio.

Las armas estaban a punto de vomitar la muerte sobre nosotros.

—¡Estúpidos! ¿Estáis ciegos? ¿Creéis que el Presidente vendría

aquí, a dejarse capturar por vosotros, hatajo de necios sin cerebro?

Me quedé asombrado. Era Alma quien, rompiendo su pasividad ante el peligro mortal e irremediable, se enfrentaba ahora a nuestros verdugos, con un valor y una energía desconocidas para mí.

Es más, su voz tenía una autoridad especial, sorprendente.

Se había soltado de mí, se encaraba a los rebeldes, y sus ojos llameaban, mientras agitaba sus manos con ímpetu.

Killiar enarcó las rubias cejas, estupefacto. Hizo un gesto vivo a su gente.

—Alto —ordenó—. Esperad un poco. Sigue, mujer. ¿Qué tienes que decirnos?

Era evidente que su forma de hablar había impresionado a Killiar. Su voz tenía demasiada autoridad para no ser escuchada. Nunca la imaginé capaz de algo así.

—Hay poco más que decir —habló Alma tajante—. Él no es el Presidente. Pero sí es el verdadero Alan Sharkell. El otro es un suplantador, un farsante. Hemos estado a punto de ser convertidos en autómatas humanos por culpa de la semejanza de este hombre con el Presidente Milenario. Escapamos de su Centro de Represión Legal. Y hemos venido en busca de vuestra ayuda y comprensión, no para morir estúpidamente a vuestras manos.

—¿Esperas que creamos esa historia? —sonrió Killiar, escéptico.

—Si sois inteligentes, la creeréis. ¿Es posible pensar que el Presidente se arriesgaría a sobrevolar de noche vuestros dominios, sabiendo que sería hombre muerto cayendo en vuestro poder? ¿Tenemos aspecto de ser enemigos vuestros? ¿Acaso pensáis que yo sea una amante o colaboradora del Presidente en un viaje absurdo y sin sentido?

Killiar cambió una mirada con uno de sus lugartenientes. La fría, aplastante lógica de Alma, empezaba a hacer mella en ellos.

—Yo le vi a este hombre en Nueva York —señaló hacia mí—. Intenté matarle. Sé que es el Presidente, le conozco muy bien.

—Dices la verdad —asentí—. Intentaste matarme. Pero yo no soy el Presidente. Te equivocaste entonces y te equivocas ahora, Killiar. Si existe un medio de alcanzar la victoria y devolver su libertad al ser humano, esclavizado por leyes que le convierten en una máquina dominada por el sistema, debemos buscarlo unidos, no

matándonos entre nosotros.

Killiar respondió:

—Sigo sin poderte creer. Nadie puede ser tan parecido.

—Sigues sin querer pensar, que no es lo mismo —le acusó Alma —. Hemos regresado de la nave *Futura*, allá en el pasado, a mil años de distancia en el Tiempo del momento actual, para encontrarnos con este estado de cosas, Killiar. No entendemos tampoco lo que sucede, pero sabemos que hay que luchar. Por nosotros, y por los demás. Esta es la gran ocasión. Si nos sacrificas tontamente, lo lamentarás mañana, cuando sepas que el verdadero Presidente inmortal sigue vivo en Nueva York, gobernando con mano de hierro a todo el planeta.

El rostro de Killiar estaba ensombrecido, ceñudo. Tomó una decisión repentina.

—Está bien —dijo a sus hombres—. Llevadles cautivos al refugio. Comprobaremos primero si el Presidente sigue en la capital. Será fácil hacerlo. Y mañana resolveremos, según sean las cosas.

—Pero señor, deberíamos matarle ahora… —protestó uno de los rebeldes.

—¡Basta! —se irritó Killiar—. He dado una orden. Obedeced. Nos vamos de aquí. Llevemos también el vehículo para ocultarlo en lugar seguro. Si es el Presidente, su muerte no se habrá sino aplazado unas horas. Sólo eso…

Miré a Alma. Y ella a mí. Nos apretamos nuestras manos, mientras éramos empujados por los hombres de Killiar.

Acabábamos de salvar nuestras vidas, al menos por el momento.

Y eso ya era algo.

8

—Esa es toda nuestra historia. Puedes creerla o no, Killiar. No tenemos la menor prueba en que apoyarla.

El caudillo de los rebeldes del norte me contempló escudriñador en silencio. Luego dirigió una ojeada a Alma. No comentó nada de momento. Parecía estarse haciendo muchas preguntas interiormente.

Yo había relatado cuanto sabía, desde el momento de despertar en la *Futura* en un momento dado, tras la muerte de todos mis camaradas, hasta el instante mismo en que Lilian nos ayudó a huir del Centro de Represión Legal.

Sabía que distaba mucho de ser una historia creíble, pero era la única que podía narrar. La pura y simple verdad.

—Es difícil de creer —dijo finalmente.

Asentí.

—Lo sé. Yo mismo he llegado a pensar que estaba loco. Sigo sin ver el sentido que tiene todo esto.

—¿No tienes ninguna sospecha sobre la verdadera identidad del Presidente Milenario, de tu doble?

—No. Ninguna.

—Pero hay algo evidente: él es inmortal. Vive desde hace mil años.

—Lo supe a través de la historia del planeta, en la Videoteca.

—En algo no miente ni falsea los hechos: él vino realmente de la nave *Futura* en el año 2078 de la Era Cristiana. Está comprobado sobradamente. Hay filmaciones completas de aquel momento. Y era él mismo. O tú, aún no estoy seguro.

Asentí con un gesto de tristeza. Él tenía razón. No podía estar seguro de nada.

—Sé todo eso —admití—. Tiene que tener una explicación

razonable, pero no sé cuál, Killiar.

—Está bien —decidió bruscamente—. Esperaremos a la información de Nueva York. Si el Presidente sigue allí, tendré que creerte. Esperad aquí. No puede tardar mucho en recibirse ese informe.

Nos dejó solos a Alma y a mí. Estábamos en una cámara subterránea, bajo las nieves nórdicas, en el refugio secreto de los rebeldes.

Al parecer, por cuanto habíamos visto durante el traslado, habían logrado edificar una auténtica base secreta en el subsuelo. Tenían armas modernas, explosivos, una organización en suma. Me pregunté cómo conseguirían los medios para financiar su subversión activa.

Nos miramos los dos en silencio. La sonreí.

—Estuviste magnífica —comenté.

—¿Cuándo? —se sorprendió ella.

—Cuando iban a matarnos. Tu energía les sorprendió, tu autoridad logró desarmarles. Nunca te hubiera imaginado tan agresiva, tan contundente.

—Yo tampoco. Debe formar parte de la personalidad que no logro recordar. Tal vez yo sea así en realidad —se encogió de hombros—. Me salió de repente, fue algo instintivo.

—Lo sé. El instinto es lo único que no se pierde fácilmente ni aun sufriendo una amnesia que le haga perder a uno su personalidad real por un tiempo.

—Me gustaría saber quién soy realmente, volver a ser yo misma, sea cual sea mi personalidad, Alan.

—Te comprendo. Estoy seguro de que, seas quien seas, has de resultar adorable como ahora —sonreí.

—Gracias, Alan —musitó dulcemente—. Pero empiezo a desesperar de que mi memoria vuelva a normalizarse un día. Si pudiera romper el velo que la envuelve, recordar algo… Pero cuantas veces lo intento, fracasó rotundamente. Mi pasado es un completo misterio, una zona de sombras. Y en ese pasado está la clave de mi propia vida.

—La clave… —asentí, repentinamente excitado. Me incliné hacia ella—. Ésa es la idea exacta que yo tengo de los hechos, Alma. El pasado. En él está no sólo el misterio de tu vida, sino el de la mía

propia, el de ese ser inmortal llamado igual que yo, de idéntica apariencia física, gestos, voz y ademanes a mí mismo. El pasado… Si pudiéramos volver a él, poco antes del momento en que yo desperté, antes de que tú perdieras la memoria…, estoy seguro de que descifraríamos el enigma definitivamente.

—Sí, Alan, pero, ¿cómo volver a un pasado tan remoto? ¿Qué medio existe de viajar en el Tiempo?

—Nosotros lo hicimos sin desearlo, ¿recuerdas? Un salto de mil años en sólo un instante. Aquella tormenta magnética o lo que fuese, nos proyectó desde los límites del Sistema Solar hasta el planeta Tierra. Pero también nos hizo viajar a través de diez siglos hacia el futuro. Bastaría con invertir ese viaje, para encontrar la clave perdida.

—Sí, pero, ¿cómo?

—Cómo… —repetí, abatido—. Ahí está lo malo. No podemos hacerlo. Nadie puede hacerlo, a menos que medie un fenómeno tan insólito como el que vivimos a bordo de la nave *Futura*.

Permanecimos callados, sumidos en nuestras reflexiones. Sólo un par de horas más tarde, reaparecía Killiar en la entrada, seguido por dos de sus hombres armados. Nos miró fijamente a los dos. Yo apreté con fuerza la mano de Alma, esperando acontecimientos. Mostraba un gesto serio, preocupado.

Tal vez todo había fallado, pensé. Y éste era nuestro final sin remedio.

Killiar avanzó hacia nosotros.

No pestañeaba.

Yo no pregunté nada. Era él quien debía de hablar.

Y habló:

—No tenéis nada que temer. Ha sido comprobado. El Presidente sigue en Nueva York, ha sido visto hace unos momentos en público. Sed bienvenidos entre nosotros.

Nos tendió su mano abierta, leal. Y sonrió finalmente.

—Gracias a Dios —resoplé, aliviado, estrechando aquella mano con calor—. Empezaba a pensar que todo sería diferente.

—Los hechos confirman vuestra historia. Pero complican mucho las cosas. Todo lo que está ocurriendo es inverosímil, ilógico. Pero ocurre. Ha de haber una razón para ello. Lo difícil es encontrarla.

—Alma y yo hablábamos de eso hace poco —suspiré—.

Pensamos que en nuestro pasado, en un momento del año 2078, cuando los calendarios se destruyeron a bordo, cuando murieron mis cámaradas, cuando el «otro» Alan Sharkell regresó a la Tierra, está la clave de todo. Pero viajar en el Tiempo no nos es posible. Ocurrió una vez, es cierto. Sin embargo, ignoramos por qué. Y no vemos el modo de repetir ese viaje a la inversa, Killiar.

—Estoy de acuerdo con vosotros —afirmó, ceñudo—. Venía pensando algo parecido. Y tengo una idea. No es nada definitivo, pero venid conmigo. Os voy a presentar a alguien.

Sus palabras resultaban enigmáticas. Sin embargo, salimos tras él y su escolta.

Hicimos un largo recorrido por los túneles subterráneos del refugio secreto rebelde. Todos ellos alumbrados con paneles eléctricos, vigilados por hombres fuertemente armados, por dispositivos electrónicos de seguridad. Finalmente, llegamos ante una puerta vigilada por una patrulla armada.

Saludaron los rebeldes a su jefe. Éste nos mostró la puerta. Avanzamos.

Se deslizó el panel en el muro, dándonos acceso a una nave singular. Era de forma circular, repleta de máquinas y computadoras que parpadeaban con mil guiños multicolores, entre zumbidos suaves, apagados. En medio de todo aquel complejo electrónico, un solo hombre trabajaba inclinado sobre infinidad de tableros de mandos. Giró la cabeza al oírnos llegar.

Era un hombre de edad avanzada, cabellos blancos y largos, unos bigotes frondosos y lacios y una astuta mirada verde oscura que se fijó en nosotros dos.

—Os presento a nuestro científico, el profesor Luth Harok —dijo Killiar—. Profesor, ellos son la pareja que le hablé: Alma, una joven amnésica, y Alan Sharkell, el doble exacto del Presidente, incluso en voz y en nombre.

—Asombroso —confesó el científico con una vaga sonrisa, tendiéndonos su flaca mano de largos dedos—. No me refiero al parecido físico de ambos hombres, sino al hecho de estar ahora mismo con dos seres procedentes del Pasado, de una época remota, separada de nosotros por diez siglos de distancia.

—El profesor investiga especialmente en el Espacio Tiempo —nos explicó Killiar—. Viajar al Pasado o al Futuro es su obsesión

máxima. Por eso le fascináis ambos.

—Killiar me dijo que os trajo aquí una especie de tormenta o tromba cósmica, tal vez un campo altamente magnético que os proyectó a través de un «agujero negro» hacia el futuro… —dijo el profesor Harok, contemplándonos absorto.

—Es lo que pensamos, profesor —asentí—. Pero ahora desearíamos volver al pasado, a nuestra época, aunque un poco antes del momento en que iniciamos el viaje. Justo al momento en que algo sucedió a bordo de la nave *Futura*, causando el fin de mis camaradas y el retorno de un falso Alan Sharkell a la Tierra. Tal vez, también, provocando la amnesia de esta muchacha de origen desconocido, a la que alguna fuerza misteriosa hizo aparecer repentinamente a bordo de mi nave, hablando mi lengua. Lo malo es que no hay la menor traza de que la tormenta cósmica vaya a repetirse ahora y aquí…

El profesor Harok cambió una mirada enigmática con Killiar. Luego, suavemente, nos habló, señalando las computadoras:

—El problema del Espacio-Tiempo siempre me ha fascinado —murmuró—. Pero ahora más que nunca. He llegado a la conclusión de que, buceando en él, sería posible hallar la solución ideal para terminar de una vez con el Presidente Milenario.

—¿De veras? —dudé.

—Tus palabras no hacen sino confirmar mi teoría —sonrió el científico afirmando con su blanca cabeza venerable—. Si ese hombre es realmente inmortal, si tiene vida y juventud eternas, tal vez matarle, como quiere Killiar, no sea la solución. Porque tu doble, Sharkell, parece intemporal, al margen del
Espacio-Tiempo
que nosotros conocemos. Mi idea es que si consiguiéramos capturarle con vida, la solución sería poder enviarle a miles de años de distancia en el pasado, adonde no pueda regresar ya a nuestro mundo para seguir siendo el mandatario vitalicio de todo un planeta, para convertir a los humanos en simples autómatas desprovistos de emociones y de cultura.

—Una teoría fascinante. Pero, ¿quién puede enviar a ese hombre a tan remoto pasado?

—Yo —dijo inesperadamente Harok.

Le miré asombrado. Él seguía sonriendo. No dije nada. No

pregunté nada. Él mismo prosiguió, explicando su sorprendente afirmación:

—Estoy construyendo una Máquina del Tiempo. La llamo el *Time Scope*. En él podrá viajarse a través del Tiempo, hacia adelante o hacia atrás.

—Ese es un viejo sueño de la Humanidad, nunca realizado —comenté.

—Lo sé muy bien. Sharkell. Pero estoy a punto de lograrlo. Todavía estoy en período experimental, lo confieso. No es seguro que el sistema resulte, pero confío en que pronto estén resueltos los problemas que quedan por zanjar.

—De modo que, pese a todo, aún no es posible volver a ese pasado en el cual todo podría aclararse…, y tal vez rectificarse a tiempo, evitando un futuro como el actual —señalé con excitación.

—No, aún no…, a menos que alguien se prestara en una auténtica prueba suicida, a intentar ese viaje al pasado por razones muy poderosas —dijo Harok mirándome con fijeza—. Con lo cual, ese alguien tendría que aceptar de buen grado ser un simple cobaya en un experimento sin ninguna garantía de éxito.

Comprendí el desafío. Y recogí el guante de inmediato.

—Está bien —dije—. Yo me ofrezco. Quiero viajar al pasado, a la nave *Futura*, justamente al momento mismo en que ocurrieron los hechos a bordo de ese vehículo espacial, cuando murieron mis compañeros y algo se alteró decisivamente.

—Alan… —se asustó Alma, mirándome con horror—. No puedes hacer eso.

—Debo hacerlo —dije con firmeza—. Estoy dispuesto, profesor Harok. Lo haré a todo riesgo, pase lo que pase.

—Muy bien —dijo él con un suspiro—. Esperaba algo así de ti, Sharkell. Me gustaría poderte dar más garantías, pero no sería honrado por mi parte mentirte.

—No se preocupe. Si he de morir, será porque ése era mi destino final. Lo que haya de ocurrir, *habrá ocurrido* hace mil años, ¿no comprende?

—Entonces, iré contigo —afirmó Alma, rotunda, poniéndose a mi lado.

—No —negué, decidido—. Tú, no. Te quedarás aquí, esperándome.

—¿Olvidas que también mi destino, mi vida, ni propia identidad, están prisioneros ahora en este remoto pasado, Alan? Tengo derecho a elegir, a desear ser yo misma, a conocer el misterio de mi personalidad, de mi tiempo…

Ella tenía razón.

Incliné la cabeza.

—Como quieras —suspiré—. Si el profesor no tiene ningún inconveniente, emprenderemos juntos ese viaje.

—Ningún inconveniente, muchacho —sonrió Harok apoyando su mano en mi hombro—. Venid. Entrad en esa cabina, junto a las computadoras. Cerraré la puerta. Conectaré el *Time Scope* en el año 2078, en el momento justo que precedió a los hechos a bordo de la nave *Futura*, en los confines del Sistema Solar. Y que Dios os ayude a ambos…

9

Todo quedó atrás.

Absolutamente todo: luz, formas, sonidos. Me hundí en una vorágine oscura, en una especie de turbulencia vertiginosa, que me proyectaba hacia lo infinito. Mi cuerpo todo pareció descomponerse en moléculas, en átomos, en simples protones acaso…

Y viajé.

Viajé no sé por dónde, convertido en energía pura, en algo inmaterial e intangible. La oscuridad de lo eterno me envolvía, sabía que estaba surcando los espacios mismos de lo imposible, más allá de todo concepto humano.

No podía saber si el *Time Scope* del profesor Harok funcionaba o no, si aquello era un viaje a través del Tiempo o una simple disgregación física de mi persona, que terminaría por disolver en la nada mi propio espíritu total y definitivamente, para dejar de ser, de existir.

Nunca supe cuánto duraba aquel período de tiempo en que mi cuerpo no existía, en que mi mente se hundía en la confusión. Pero de pronto, la oscuridad se hizo luz. Colores increíbles, formas radiantes y desconocidas, desfilaron velozmente en torno mío, en un carrusel alucinante. Sentí que mis moléculas se juntaban de nuevo, que me tornaba material, que la vorágine cesaba a mi alrededor, y las cosas tomaban su forma habitual lentamente. Me encontré a mí mismo tendido en alguna parte, en reposo, con la mente clara y lúcida, pero sumido en una especie de hibernación total. Un muro de vidrio me separaba de un largo corredor de paneles luminosos, vacío y aséptico. ¡La nave *Futura*!

Había regresado a ella. A bordo de la nave. No me podía mover, pero me era posible pensar. Y dirigí una mirada, sin poder siquiera accionar los párpados, hacia mi

reloj-calendario
.

Año 2078, leí. Marzo. Día 15. Las diecinueve menos veinte minutos y diez segundos. Faltaban poco más de veinte minutos para la hora señalada en todos los relojes de a bordo. Veinte minutos para el momento crucial, decisivo.

Y yo estaba allí. A mil años de distancia de la Tierra gobernada por «otro» Alan Sharkell. En los confines del Sistema Solar. En el pasado.

La máquina del profesor Harok había funcionado. El viaje había sido posible. Pero no veía ni el menor rastro de Alma. Yo mismo estaba allí, encerrado en la cámara de hibernación. La única diferencia con la realidad anterior, cuando viví aquel momento, era que ahora podía ver y sentir. Estaba consciente, aunque inmóvil.

¿Qué iba a suceder a bordo ahora? Tuve miedo. ¿Y si no ocurría nada? ¿Y si yo seguía allí mientras mis compañeros perecían, para repetirse de nuevo todo el proceso vivido antes, para volver al inicio del círculo?

—Alma… —pensé amargamente—. ¿Dónde estás tú ahora?

Y me di cuenta en ese momento de la realidad. Yo no amaba ya a Lilian. No pensaba en ella ahora, sino en Alma. En mi compañera de memoria en blanco, en la desconocida y bella muchacha del cabello platino…

¿Se había perdido definitivamente en el viaje temporal, por algún fallo en la máquina de Harok? Ambos iniciamos aquel viaje juntos. Y ahora, yo estaba solo, con mis camaradas, a bordo de la *Futura*. Pero nada podía hacer por ellos, por evitar su muerte, por cambiar los hechos acontecidos mil años atrás…

Transcurrieron lentamente los minutos. Los dígitos de mi reloj calendario avanzaban implacables, en el silencio sobrecogedor de la nave cósmica, sin que nada sucediera a bordo.

Las diecinueve menos quince minutos. Menos catorce, menos trece, menos doce…

Y nada. Todo seguía igual. Ni trazas de algo extraño, alarmante, ningún indicio de una catástrofe inmediata. Todo se desencadenó de repente. Hubo como una súbita conmoción en la nave. Sentí su bamboleo repentino, la luz cegadora que invadía el corredor. Un alarido repetido, multiplicado, hirió mis oídos desgarradoramente.

Aunque no podía moverme en mi cámara de suspensión animada, supe que me estremecía de horror.

Eran mis camaradas. Mis diez compañeros de vuelo. Su grito se repitió diez veces, simultáneamente. Luego, el silencio que siguió fue tan pavoroso que me hizo daño. Ellos ya no gritaban. Supe que había ocurrido.

Estaban muertos.

Pero, ¿qué les había matado?

La luz en el corredor se extinguió. La nave recobró su equilibrio. Mis ojos angustiados miraron fijamente hacia «algo» que se movía en el pasillo, cerca de mí.

Entonces le vi.

Era la aparición más increíble y atroz que se podía imaginar. Algo digno de una vieja leyenda, de un mito ancestral, como la encarnación escalofriante de un pasaje mitológico del Olimpo…

¿Era hombre o dios, bestia o criatura humana? ¿Era posible un ser semejante?

Avanzaba hacia mi cámara, con majestuosa arrogancia, envuelto en una especie de resplandor irreal. A sus espaldas, repentinos destellos de luz fulgurante parecían dibujar rayos silenciosos a bordo de la nave, acompañado a la dantesca presencia de aquel ser increíble.

Su figura era erguida, poderosa. Su cabeza, un prodigio estremecedor. Porque poseía *dos caras*, bajo una cabellera hecha de sierpes vivas y enroscadas, que se movían siniestramente al avanzar él. Recordé vagamente, con verdadero horror, el mito de la Gorgona y de Perseo, la visión horripilante de la Medusa, con su cabellera de culebras y su fealdad espantosa, convirtiendo en piedra a quienes osaban mirarla.

Aquel ser era una Gorgona de dos cabezas, de dos rostros, y de sexo masculino.

Uno de los rostros era sonriente y cruel, el otro severo y sombrío. Ninguno de ellos reflejaba la bondad.

Se detuvo ante mí. Me miró larga, fijamente. Luego, soltó una estruendosa, maligna carcajada, que pareció sacudir toda la nave, rebotando en ecos sonoros por doquier. Incluso penetró en mi cámara de hibernación, hiriendo mis oídos.

Sus ojos llameaban, perversos, cuando su boca se abrió para

hablarme con voz tonante:

—De modo que has vuelto, ¿verdad, Sharkell? Has logrado regresar al pasado, pretendiendo impedir lo que nadie puede evitar porque ya sucedió… Quieres saber realmente lo que pasó entonces, en ese momento en que tú no podías ver ni sentir nada de lo que acontecía a bordo de esta nave…

Él lo sabía.

Fuese quien fuese, sabía que esto era un regreso en el Tiempo, que yo procedía del Futuro. Que esto, a fin de cuentas, no era en cierto modo sino una repetición de cosas que ya habían sucedido antes.

No pude responderle, seguía inmóvil, paralizado en mi cámara.

Él seguía hablando, pegados sus rostros perversos a la vidriera, agitadas las culebras de su cabellera diabólica:

—No vas a conseguir nada con esto, Sharkell. Las cosas serán como yo quiero que sean. En el futuro, la Tierra, tu planeta, será gobernada por un Alan Sharkell que nada tendrá que ver contigo. ¡Ese Alan Sharkell seré yo, Gorgon Khan, Señor de lo Intemporal, dotado del don de la inmortalidad absoluta! Con mis intrigas provocaré una guerra mundial, para luego ser elegido gobernante de un pueblo diezmado.

Sus risas eran hirientes, estentóreas y ásperas. Yo le miraba fascinado, empezando a comprender. Aquella criatura de un lugar desconocido, aquel siniestro visitante de la *Futura*, pretendía convertirse en mí mismo para gobernar el mundo en el futuro, para provocar el holocausto y esclavizar luego a los supervivientes.

Hubiera querido hacerle preguntas, inquirir de dónde venía, por qué pretendía todo aquello. No pude mover mis labios, pero él pareció entender mi lengua. Y prosiguió, burlón y complacido:

—Tu nave, Sharkell, ha penetrado en un «agujero negro» que la ha lanzado a una zona intemporal del espacio. Estamos entre dos Universos Paralelos, en el llamado Túnel Sin Tiempo, donde nada existe en la forma que tú lo entiendes. Yo soy aquí amo y señor. Me presento ante ti con el aspecto que realmente tendría, traducida mi estructura a vuestro criterio de las cosas y de los seres. Pero físicamente no soy así tampoco. Esto es sólo una adaptación a tus conceptos, como te he dicho. Mi poder, sin embargo, aunque yo sea inmaterial, es infinito. Reducido, naturalmente, a mi propia zona,

donde mi voluntad es ley. Pero eso no me basta. Quiero ser más que el Señor de lo Intemporal. Quiero proyectar mi voluntad y mi poder a otras dimensiones más sólidas, como la de tu mundo. Para ello, necesito a un ser humano real. Me puedo materializar en él, duplicar a un ser humano exactamente, para ser él mismo en apariencia.

«Eso es lo que haré contigo. Los otros no me hacían falta. Ahora estáis suspendidos en un espacio sin tiempo, sin formas, sin cuerpos. Sin astros ni estrellas, en un túnel de vacío absoluto donde Gorgon Khan es amo y señor… Los demás están muertos ya. Más tarde, tú podrás salir de ahí con vida, pero sólo para permanecer encerrado aquí eternamente, flotando en mis dominios hasta el fin del tiempo, mientras yo ocupo tu puesto en la Tierra y demuestro a todos mi poder, mi grandeza sin límites. Tú sabes que eso *ha ocurrido ya* en el futuro. Has estado frente a frente conmigo mil años más adelante, en el porvenir. Sabes lo que sucederá dentro de diez siglos, porque un error mío, que no se producirá ahora, te permitió viajar al futuro para enfrentarte a mí, a tu propia imagen, venerada y respetada en todo el planeta Tierra de entonces».

Quise preguntarle qué error suyo había sido ése, qué tuvo él que ver con la aparición de la tromba cósmica que me precipitó hacia el futuro, en compañía de una hermosa desconocida a quien yo puse el nombre de Alma, por ignorar el suyo propio.

Pero seguía sin poder hablar, allí encerrado. Y él lo hacía por mí, con una locuacidad burlona, sarcástica, llena de orgullo y arrogancia. Se sabía fuerte, el más fuerte de todos, y eso complacía al horrible ser materializado en Gorgona masculina de dos caras, en monstruo de doble rostro y cabellos formados por miles de culebras vivas, adheridas a su cuero cabelludo.

—Sé que te preguntas cual fue ese error. Y quién es tu hermosa compañera de infortunios, a quien ahora no ves tras haber emprendido viaje de regreso al pasado. Yo te explicaré eso, pese a que no tengo por qué hacerlo. De todos modos, nunca saldrás ya de aquí, y nada podrás contra mí ni contra mi tarea en el futuro, rigiendo los destinos de tu mundo. Si yo cometí un error ahora, en este presente, tú lo cometiste en el futuro, al pretender volver aquí para enfrentarte a un enemigo demasiado poderoso para ti, miserable mortal.

Hizo una pausa, sonrió malignamente y añadió con voz bronca:

—Esa mujer, Alma, era la única persona que podía impedir que yo llevara a cabo mis propósitos. Porque ella es el supremo poder al otro lado del Túnel Intemporal donde yo gobierno. Ella es la reina del Universo al que conduce el «agujero negro» en que penetró tu nave en su viaje hacia Alfa Centauro. Y ese Universo que no has llegado a alcanzar, Sharkell…, es un Universo de eternidad.

«Allí *nada ni nadie puede morir*, empezando por su eterna reina, la bellísima y autoritaria Eternia, Señora del Tiempo. ¿Entiendes ahora, Sharkell? ¡Alma, tu amiga Alma, *es* Eternia! Yo pude sorprenderla a tiempo cuando pretendía liberarte de este túnel, arrancaros de mis garras y conduciros a su Universo, sanos y salvos. Allí, tú y todos tus camaradas seríais eternamente jóvenes e inmortales, como ella misma y sus pueblos de todos sus planetas. Yo acerté al neutralizarla dentro de mis dominios y, aprovechando mis poderes y su inferioridad fuera de su Universo de eternidad, bloquear su mente y borrar su memoria, haciéndola olvidar incluso quién es y los poderes que posee.»

«Ése fue mi acierto, Sharkell. Pero mi error fue no controlar las fuerzas que es capaz de desencadenar el subconsciente de Eternia, incluso privada de su memoria y su poder. Esas fuerzas provocaron su traslado a esta nave, y posteriormente la formación de una borrasca cósmica que os arrastró a ambos al futuro, a mil años de distancia, al planeta Tierra.»

Respiró hondo, con gesto radiante en uno de sus rostros y perverso y cruel en el otro. Sus reptiles se agitaban en la cabeza, y al reír él, las culebras emitieron también espeluznantes silbidos como risas.

—Ahora ya lo sabes todo —dijo Gorgon Khan—. Alma ya nada puede hacer contra mí. Está aquí, sin memoria, sin poder, aislada en el Túnel Intemporal. Y tú ya no vas a retornar a la Tierra, no vas a volver al futuro, porque nada ni nadie puede sacarte de aquí, Sharkell, por los siglos de los siglos. Alma, la reina Eternia mejor dicho, vaga ahora en el negro vacío, en torno a esta nave, sin poder entrar en ella, sin memoria, y con sus poderes bloqueados por mi voluntad.

«Adiós, Sharkell. Regreso a la Tierra, a mi mundo futuro, al siglo XXXI… ¡Feliz estancia en la Nada por el resto de tus

interminables días de vida eterna!»

Y con una carcajada diabólica, estremecedora, el monstruoso ser de pesadilla desapareció en medio de un estallido cegador de relampagueos horrísonos que invadían de luz la nave.

Después se hizo el silencio, la oscuridad.

Supe que estaba solo a bordo otra vez. Solo con aquellos diez camaradas muertos. Solo como nunca podía estarlo ser humano alguno, en un espacio sin soles, estrellas ni astros, sin luces ni formas. En el Túnel Intemporal del siniestro Gorgon Khan, ahora convertido en Alan Sharkell, camino de la Tierra, camino del futuro…

Solo, incluso sin Alma, sin la hermosa reina de un Universo eterno.

10

Pasó el tiempo.

Llegó el momento en que mi hibernación tocó a su fin. No sabía cuánto había transcurrido. No tenía noción de nada. Sólo de mi propia soledad, de mi fracaso, del fin de toda esperanza.

Salí de mi cámara de hibernación. Contemplé, en una repetición de los hechos, la presencia de los diez astronautas sin vida. Caminé por la soledad de la nave *Futura*, comprobé a través de los visores del centro de controles que flotaba en la oscuridad sin estrellas, en el lugar que Gorgón Khan llamara Túnel Intemporal entre dos Universos, el que yo conocía y el de Eternia, la reina de los inmortales.

Ahora, también Gorgón era inmortal, gracias a haberse trasladado a la Tierra con mi envoltura física, como si fuese yo mismo, en una simple copia de mi persona.

Todo se repetía con asombrosa fidelidad y exactitud. Tal vez yo era el único en la historia de la Humanidad en vivir una experiencia tan asombrosa, el único ser que podía experimentar por dos veces las mismas sensaciones, repetir momentos iguales en el tiempo…

Y, de pronto, como entonces, la luz apareció en la pantalla negra, aumentó de tono, me cegó, invadiéndolo todo. Retrocedí, alarmado. Y recordé que con aquel misterioso resplandor, en la primera ocasión se había materializado Alma, la hermosa desconocida, a bordo de la nave.

—¿Dónde estoy? —musitó una voz a mi espalda en ese momento —. ¿Quién es usted?

Me estremecí. ¡*Todo* se repetía! Todo. Incluso la llegada de Alma…

Volví la cabeza, asombrado, incrédulo. La vi a ella ante mí.

Como entonces, en el pasado que ahora volvía a ser presente.

—Debe ser una alucinación… —murmuré como la primera vez —. Usted no existe…

Pero luego no pude evitar cambiar mis palabras en la misma situación:

—Alma… Eres tú…

Era ella. Alma. Hermosa, con su melena platinada, sus ojos dorados, su piel tersa y suave, sus labios carnosos y dulces…

—No, Alan —negó sorprendentemente, mirándome con fijeza—. No soy Alma. Mi nombre es Eternia. Vengo del Universo situado más allá del «agujero negro» que conduce al Túnel Intemporal… Soy la reina de los mundos eternos…

La miré, demudado, estupefacto. No daba crédito a mis oídos.

—¡Recuerdas! —susurré—. Recuerdas, has recobrado la memoria, Alma…

—Así es, Alan —afirmó ella—. Esta vez, el error de Gorgón Khan fue mayor que antes. Lo recuerdo todo. Sé quién soy. Mi memoria está limpia y clara de nuevo… Puedo revivir en mi mente el pasado, el presente, el futuro…

—Dios sea loado. Ya no eres un misterio para mí ni para ti misma. Pero Gorgón Khan dijo que vagaríamos eternamente por este túnel en el vacío…, prisioneros de su voluntad.

—Gorgón se equivocó en eso —sonrió ella dulcemente, acercándose a mí—. No pudo prever que un *shock* provocado por interferencias cósmicas en nuestro viaje de retorno a esta época, me desbloqueó la mente y me devolvió la memoria, la noción de mí misma. Y, con ello, mis poderes.

—Tus poderes… —la miré, esperanzado—. ¿Qué clase de poderes, en este caso?

—Todos —volvía a ser la mujer enérgica, autoritaria, que yo viera por un instante delante de las armas de los rebeldes de Killiar cuando iban a acribillarnos—. Recuerda que soy Eternia, reina de un Universo sin principio ni final. Puedo provocar otra tempestad magnética en el Cosmos, para trasladarnos a través del Espacio Tiempo hacia el futuro, Alan.

—¿Volver al siglo XXXI? ¿Para qué? Ahora sabemos lo que ocurrió. Pero no cómo vencer a Gorgón Khan.

—Yo sé cómo vencerle.

—¿De veras? —la miré, dubitativo.

—Sí, Alan. Gorgón Khan es mi enemigo de siempre —sonrió Eternia amargamente—. Aunque carece de forma material, es un poder diabólico y nefasto, capaz de las mayores vilezas para incrementar su poderío. Si logra su propósito de dominar a los humanos, será capaz de todo a medida que avancen los siglos.

—Sabes que lo logrará. Dentro de mil años seguirá siendo el Presidente Milenario en mi propio planeta, tras haberme robado el aspecto físico, el nombre, la voz…

—Ése es su punto débil. Sin tu físico, no es nadie. No es nada. Forma parte de un vacío intemporal, inmaterial. Volverle a esa dimensión es mi tarea. Ahora mismo no es sino un remedo, una copia tuya, un ser clónico con tu apariencia física. Puedo vencerle, Alan.

—Entonces, vamos allá. Intentémoslo, Eternia. Deseo que esto termine de una vez por todas. Y para siempre.

Ella asintió. Alargó sus brazos. Me tendía sus manos. Las tomé. Apretó sus dedos entrelazados con los míos, me miró intensamente.

De las pantallas de la computadora emergió nuevamente aquel resplandor que nos envolvía. La turbulencia magnética surgida de los ámbitos cósmicos situados más allá del Túnel Intemporal, pareció arrastrarnos como un huracán a través del Espacio y del Tiempo.

Supe que volvíamos al siglo XXXI, a enfrentarnos con mi otro yo, con el falso Alan Sharkell tras cuyo físico se escondía la maldad infinita de un ser de otra dimensión, de otro concepto de la materia y la forma: Gorgón Khan, el ser a quien había conocido como una mitológica criatura de doble rostro y cabellera de reptiles.

Otra vez frente a frente.

Alan Sharkell II lanzó un alarido ronco, profundo, retrocediendo ante nuestra aparición en su salón presidencial. Lilian se encogió, demudada, contemplándonos con horror.

—¡Tú otra vez! —aulló el Presidente—. ¿Qué es lo que falló esta vez, maldita sea? ¡No puedes, no *debes* estar *aquí, ahora*!

—Pero estoy —sonreí duramente, todavía con la mano de Eternia apretada a la mía—. Los dos hemos vuelto, Gorgón. Y, como ves, ya no hay ningún misterio en tu persona ni en tus propósitos. Sabemos que, para ti, mil años no son nada. Tienes todo el tiempo del mundo para convertir a los humanos en parásitos, para erigirte

tú en amo y señor de un mundo físico al que no perteneces.

—Sabía que iba a ocurrir —susurró Lilian, demudada—. Lo sabía, Alan. Me ofreciste vida eterna, juventud eterna, por unirme a ti. Yo sabía que *tú* no eras Alan. Al verle a él supe que sí lo era. Pero yo no podía entenderlo. Ahora sé que ha llegado el final. En sueños te lo he oído decir a veces, Alan: tu propio ser era tu peor enemigo. Un hombre sería tu verdugo. Y ese hombre tendría tu mismo rostro…

—¡No será! —rugió el Presidente Milenario—. ¡Nadie puede vencerme, y él menos que nadie, Lilian!

—Seré yo quien te venza, Gorgón Khan —amenazó Eternia fríamente, acercándose a él—. Sabes que puedo destruirte ahora, tengo mis poderes otra vez. Y ellos son infinitamente mayores que los tuyos… Fuera de tu zona intemporal, eres vulnerable. Una vez destruido, desaparecerás, no volverás ni siquiera a ser quien eras allí.

—Eternia, estás en un error —rió el Presidente, burlón ahora, mirándola desafiante—. No puedes causarme daño.

—Mientes. Te puedo reintegrar a tu mundo de vacío, de no ser, en cuanto lo desee. Pero para no ser ya ni siquiera Gorgón Khan. Para no ser *nada*.

—Con eso, matarás a tu amado Alan Sharkell —se mofó mi doble.

—¿Qué quieres decir? —ella le miró, repentinamente inquieta.

—¿Es que no lo has entendido aún, poderosa Eternia? Esta vez te he vencido. No puedes destruirme sin destruir a la vez a Alan Sharkell, al verdadero Alan Sharkell. Yo no soy una copia clónica de él, como ambos habéis imaginado. Soy algo muy distinto. Y mucho más profundo. Él y yo *somos la misma persona*.

—¿Estás loco? —protesté airado—. ¡Yo sólo soy yo mismo! Y tú, un usurpador.

—Mientes, Sharkell. Soy más que eso. Igual que mis dos rostros, he logrado obtener dos físicos exactamente iguales. Pero ambos forman parte de un mismo ser. Sólo soy tu propia imagen. Pero también tu espíritu. Tu lado malo. Tu otra cara… Por eso no te dejé morir en la nave. Te necesitaba vivo, porque sólo viviendo tú, vive el Alan Sharkell que yo represento. Soy parte de tu ser, como tú eres ahora parte de mí. ¿Os dais cuenta de vuestro gran fracaso?

Destruirme a mí, es destruir tu propia vida, Sharkell. ¿Qué dices a eso?

—Dios, no… —demudado, me pasé las manos por el rostro sudoroso—. Eso significaría vivir eternamente…, para que tú vivieras a la vez, usurpando mi identidad…

—Algo así —rió sardónico—. Sé que Eternia te ama. Por eso no me destruirá. Para no aniquilarte a ti al mismo tiempo, Sharkell.

Le miré, aterrado. Era como si un espejo me hubiera robado mi propia imagen, mi ser, para hacerla suya en parte. Como dos siameses unidos. Si uno muere, arrastra al otro a morir. Era inapelable. Sabía que él decía la verdad. Eternia también lo sabía, pude leerlo en la desolación y estupor que reflejaban sus dorados ojos.

—Entonces, sea —dije roncamente, con decisión suprema—. Terminemos contigo del único modo posible. Gorgón Khan…

Alargué mi brazo. Rompí un gran jarrón de vidrio, de un solo golpe. Los fragmentos cayeron a mis pies. Tomé uno de ellos, largo y afilado, en mi mano. Eternia gritó, imaginando lo que iba a suceder. Gorgón Khan me miró, helándose la mueca triunfal en su rostro, que era el mío.

Luego, me clavé el vidrio punzante hasta el fondo, justo sobre mi garganta. Di un impulso certero a mi mano de lado a lado, degollándome.

—¡No, Alan, querido mío! —sollozó Eternia—. ¡*Eso*, no!

Ya era tarde. Gorgón Khan exhaló un alarido inhumano, desgarrador. Le vi cambiar de faz. Mi rostro en su rostro se deformó. Asomaron dos caras: la mía y la de Gorgon, aquélla de la mueca sombría. Se fundieron finalmente en una sola, la de él. Después, borrosamente, mientras me desplomaba bañado en sangre, vi que ya eran dos rostros suyos bajo una melena de víboras en agitado frenesí. La visión duró sólo un instante. Antes de cerrar mis ojos para siempre, Gorgon Khan se diluyó en la nada. Se evaporó, como si nunca hubiera sido otra cosa que un simple espejismo, un reflejo en la nada…

Después, caí al suelo, mientras Lilian empezaba a envejecer terriblemente.

Estaba muerto. Yo mismo había puesto fin a mi vida.

Y a la de Gorgon Khan, el Señor del Túnel Intemporal. El

enemigo mortal de los humanos. El hombre a quien todos habían conocido en la Tierra como Alan Sharkell, el Presidente Milenario. Alguien que nunca existió realmente.

Como yo no existía ya ahora.

EPÍLOGO

Killiar contempló largamente el cuerpo rígido y sin vida de Alan Sharkell, del verdadero Alan Sharkell. Presentó ante él su arma, respetuoso.

—Por él —dijo solemne—. Nos ayudó a acabar con el tirano, con mil años de esclavitud en un falso mundo de paz y concordia que no era sino la sumisión a un poder aparentemente benévolo y paternal. Ya que no podemos devolver la vida al auténtico Alan Sharkell, rindámosle el debido tributo de gratitud y admiración. Sólo su propio sacrificio pudo terminar con el enemigo de todos.

Sus hombres, en silencio, obedecieron respetuosos, rindiendo armas al cadáver de Alan Sharkell. Eternia no dijo nada. Una lágrima rodó de sus ojos entristecidos.

En otro túmulo, yacía Lilian Sharkell, de soltera Lilian Landers. Era una simple pavesa, una momia milenaria, gris y cenicienta, apenas reconocible. Aquello era todo lo que quedaba de la eterna juventud inmortal que le concediera su esposo, el falso Sharkell.

—¿Podemos hacer algo más por tu amigo y por ti misma, señora? —preguntó Killiar a Eternia en ese punto.

Ella movió negativamente la cabeza. Se acercó al túmulo donde reposaba su amado Alan. Acarició sus cabellos revueltos, su rostro yerto.

Y dijo:

—Nada. Gracias por todo, Killiar. Ahora que vosotros gobernáis en este mundo, estoy segura de que las cosas serán más humanas y más dignas. Me hubiera gustado que Alan disfrutase de eso, que se quedara en su mundo a vivir esta victoria. No pudo ser. De modo que lo llevaré conmigo.

—¿Adónde, señora?

—A mi propio mundo —sonrió ella dulcemente—. Muy lejos de aquí, Killiar. Muy lejos de todo. Donde nadie llegará jamás.

—¿Será enterrado allí el hombre al que debemos la victoria final?

—No, Killiar —negó Eternia—. Él no será enterrado jamás allí.

—¿Entonces…?

—Te sería difícil de entender. Pero tal vez un día comprendas…, cuando te diga que en mi Universo, todo es eterno. Nada muere…

Su sonrisa flotó por unos instantes en la faz hermosa de la mujer de otros mundos. Es lo último que Killiar vio de Eternia, antes llamada Alma.

Un instante después, la turbulencia cósmica formaba torbellino en torno de ellos, y una vorágine magnética envolvía a la reina de otro Universo y al héroe muerto.

Cuando esa turbulencia cesó, sólo quedaban allí, en el palacio presidencial del Nueva York del siglo XXXI, el túmulo fúnebre de Lilian y Killiar con sus hombres victoriosos.

Eternia y Alan Sharkell habían desaparecido. Sin dejar el menor rastro.

Killiar salió lentamente al balcón presidencial. Miró a la gente que le aclamaba. Saludó, pensativo, sin poder evitar una mirada furtiva, prolongada, a la altura, hacia los cielos estrellados.

—Allí todo es eterno… Nada muere… —repitió.

Y creyó comprender. Si todo era eterno, también lo era la vida. Nada ni nadie podía morir en los dominios de Eternia. Ni siquiera Alan Sharkell.

Él era un cadáver en la Tierra. Pero sería un inmortal allí, junto a la reina Eternia…

La turbulencia cósmica pasó esta vez junto a la nave *Futura*, anclada para una eternidad en la negrura informe del Túnel Intemporal. Y siguió adelante, salvó la barrera invisible entre dos Universos.

Penetró en los reinos cósmicos de Eternia. Se posó en alguna parte, en un hermoso planeta lleno de vida.

Eternia miró a su lado. No era un cadáver lo que viajaba con ella.

Era un hombre nuevo, radiante, lleno de vida también. La miró, apretó la mano de ella con fuerza. Eternia sonrió, devolviéndole la presión amorosamente.

—Alan… —susurró—. Ahora tu vida será eterna a mi lado…

Aquí no existe la Muerte.

—Eternia… —susurró Alan Sharkell—. A tu lado, no me importa el lugar. Ni el espacio ni el tiempo. Sólo tú… Alma querida.

—Llámame como quieras —sonrió ella—. Un nombre no significa nada. A veces, tampoco un rostro. Ambos sabemos eso muy bien, Alan querido…

Alan Sharkell afirmó. Sí. Ahora sabía eso. Y muchas cosas más.

También sabía que, a partir de ahora, su vida sería eterna junto a ella. Una eternidad para ser felices, para amarse. Lejos de su mundo, sí. Pero junto al ser amado, no importaba dónde.

FIN



DONALD CURTIS. Juan Gallardo Muñoz. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Johnny Garland, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*. En 2008, la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.